

FÓRNIX

Revista de creación y crítica

Lima – Perú
Abril de 2007

Director: Renato Sandoval
Correo: ncuervos@yahoo.com

Carátula: *Crítica de la razón pura* (2000), de Álvaro Roca Rey (Acero/Madera/Esmaltes).
Dimensiones (aprox): 70 x 70 x 70 cm.

Ilustraciones interiores: Álvaro Roca Rey

Diseño y diagramación: Mario Popuche y Renato Sandoval

La publicación de este número ha sido posible gracias a:

 Agencia Española de Cooperación Internacional (AECI) a través del
Centro Cultural de España

 Embajada de Argentina en el Perú

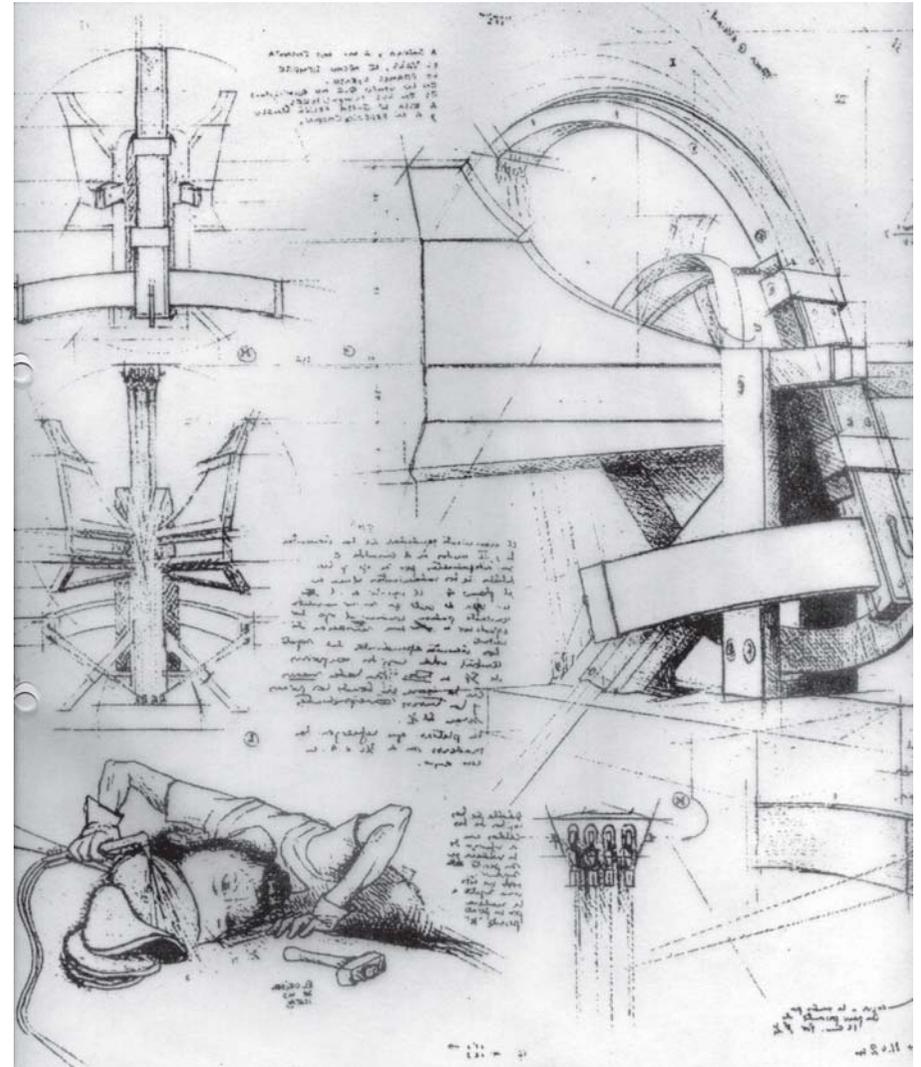
Abejas del Perú
(www.abejasdelperu.com)

* Vocablo de origen latino que significa pórtico, paso cubierto, puerta abovedada, arco triunfal o, por extensión, cualquier estructura arciforme, sea arquitectónica o anatómica. Ejemplo de lo primero es el fórnix romano de Constantino, vencedor en Majencio, adornado con bajorrelieves e inscripciones laudatorias; y de lo segundo aquella estructura fibrosa y triangular situada debajo del cuerpo caloso del cerebro y que con el hipocampo y el hipotálamo forma parte del sistema límbico, asociado éste a las emociones y a la homeostasis [léase aquí poesía expresando su propia verdad y en busca del (des)equilibrio]. De otro lado, de *fórnix* se deriva «fornicar», puesto que, según se cuenta, las prostitutas latinas atendían a sus ávidos clientes bajo los arcos del coliseo romano, de ahí que el término signifique además «burdel». Por último, Fórnax era la diosa de los hornos, donde se cocía el pan, la arcilla y, acaso también, la poesía. (R. S.)

Índice

- 9 MUESTRA DE POESÍA ARGENTINA ACTUAL (primera parte) – Jorge Leonidas Escudero / Ana Emilia Lahitte / Néstor Groppa / Juan Carlos Bustriazo / Rodolfo Godino / Santiago Sylvester / Julio Salgado / Paulina Vinderman / Daniel Freidemberg / Rafael Felipe Oterino / Leopoldo Castilla / Graciela Ester Zanini / Vicente Muleiro / Jorge Boccanera / Carlos Busignani / Juan Carlos Moisés / Susana Ada Villalba / Susana Cella / Sergio de Matteo / Emiliano Bustos
- 105 LUIS BRAVO - Huérfanos, iconoclastas, plurales: la generación poética uruguaya del 80
- 121 ZOOM 80: Muestra de la poesía uruguaya actual – Alicia Migdal / Rafael Courtoisie / Jorge Castro Vega / Elder Silva / Sylvia Riestra / Aldo Mazzucchelli / Gustavo Wojciechowski «Maca» / Héctor Bardanca / Agamenón Castrillón / Ana Cheveski / Andrea Blanqué / Lalo Barrubia / Silvia Guerra / Álvaro Ojeda / Hebert Benítez Pezzolano / Julio Inverso
- 156 MARTHA CANFIELD – Cristóbal Colón en la narrativa hispanoamericana
- 168 ANDRÉS AJENS – Don de fronteras, don de Andes. *Hacia el Atau Wallpaj p'uchukakuyinpa nankan*
- 178 TEÓDULO LÓPEZ MELÉNDEZ – Globalización y cultura
- 183 LEOPOLDO CASTILLA – La redada
- 195 PEDRO GRANADOS – Soledad impura
- 200 IVÁN CARVAJAL – Alfredo Gangotena, poeta del extrañamiento
- 216 ROBERTO FORNS – Sarajevo: dos planos
- 222 JOHANN PAGE – Vuelta a la otra margen
- 234 ÓSCAR WILDE – La verdad de las máscaras. Un apunte sobre la ilusión (Traducción de Delia Pasini)
- 259 RAÚL MENDIZÁBAL – Poemas

- 264 AMPARO OSORIO – Poemas
- 267 ALFREDO FRESSIA – Senryu o el árbol de las sílabas
- 272 SUSANA SZWARC – Tres historias azarosas
- 279 JOSÉ KOZER – Tres poemas
- 284 MARÍA TERESA ANDRUECETO – Pavese en mi escritura
- 290 FERNANDO CORONA – Dos poemas
- 293 ALEJANDRO SUSTI – Discurso y poder en *Hombres de caminos* de Miguel Gutiérrez
- 305 HARDY ROJAS – Semper novus poeta. Entrevista a Enrique Verástegui
- 314 ALEJANDRO SCHMIDT – Cartas desde el diván
- 322 JAVIER LLAXACÓNDOR – Tres textos tenues
- 326 CECILIA ROMANA – Poemas
- 329 DAMARIZ CALDERÓN – Rastros
- 338 SAMUEL BOSSINI – Talismanes
- 340 BREVE MUESTRA DE LA POESÍA NICARAGÜENSE – Enrique Fernández Morales / Fernando Silva / Octavio Robleto / Francisco de Asís Fernández / Gioconda Belli / Daisy Zamora / Álvaro Urtecho / Gloria Gabuardi / Pedro Xavier Solís Cuadra / Blanca Castellón
- 359 GLAUCE BALDOVIN – Poemas al desgaire
- 365 DIEGO MARTÍNEZ LORA – Vista carnívora y otros textos de cien palabras
- 368 JORGE ISAÍAS – Prosas desde la otra orilla
- 376 ROBERTO FORNS – La aventura perdida del eco poema. Relectura de “La carencia” de Alejandra Pizarnik
- 395 Otros autores



Muestra de poesía argentina actual (Primera parte)

POR LEONARDO MARTÍNEZ Y C. J. ALDAZÁBAL¹

La presente es una de las posibles muestras de la poesía argentina. No pretende agotar el panorama actual, variado y rico, de la poesía de nuestro país.

Esta selección contempla creadores del norte más norte pasando por la región de Cuyo y el centro capitalino hasta el sur patagónico. Muchos de los poetas incluidos son casi secretos. Sus edades oscilan entre los ochenta y los treinta años.

No adherimos a una estética determinada. Cada uno de los poetas presentados ejecuta su instrumento desde un lugar original, lo que nos parece confiere un movimiento caleidoscópico a la selección. Pues clasificar en ejercicio de un canon desvirtuaría el propósito de dar realce a lo variado y diferente, condiciones que hacen viva y perenne cualquier antología.

Esta es una primera selección. En el próximo número de *Fórnix* ampliaremos esta muestra con otros nombres relevantes de la poesía argentina contemporánea.

¹ Leonardo Martínez nació en 1937 en Catamarca. Ha publicado *Tacana o los linajes del tiempo* (1989), *Ojos de brasa* (1991), *El señor de Autigasta* (1994), *Asuntos de familia y otras imposturas* (1997), *Rápido pasaje* (1999), *Jaula viva* (2004) y *Estricta ceniza* (2005). Reside en Buenos Aires. Carlos Juárez Aldazábal nació en Salta en 1974. Ha publicado *La soberbia del monje* (1996), *Por qué queremos ser Quevedo* (1999) y *Nadie enduella su voz como plegaria* (2003). Tiene un blog llamado *El pimentero* (www.elpimentero.blogspot.com).

Jorge Leonidas Escudero nació en San Juan en 1920. Editó *La raíz en la roca* (1970), *Le dije y me dijo* (1978), *Piedra sensible* (1984), *Los grandes jugadores* (1987), *Basamento cristalino* (1989), *Umbral de salida* (1990), *Elucidario* (1992), *Jugado* (1993), *Cantos del acechante* (1995), *Viaje a ir* (1996), *Caballazo a la sombra* (1998), *Aguitén* (2000), *Senderear* (2001), *A otro hablar* (2001), *Verlas venir* (2002), *Endeveras* (2004), *Andanzas mineras* (2004), *Divisadero* (2005), *Tras la llave* (2006), los últimos seis títulos publicados por Ediciones en Danza.

Última apuesta

Apártense, déjenme pasar,
vengo de estar existiendo y ya lo sé
voy a las palideces. Merezco
descanso pero antes
quiero mirar atrás del horizonte para
no verme siempre aquí como árbol seco
donde no hay más que hablar.

No atajen, no digan que hay medicina buena.
dejen que me siente en el umbral
a ver pasar la última gente. Los pájaros
están escondiendo la cabeza bajo el ala.

Manden a alguien a comprar pan,
no digo de aquí sino de mañana
porque mi hambre última
es de lo que aún no he visto.

¿Qué pasó?

Manera de quererte piedra pelada, digo
hasta perderse la vista
en azules oeste,
cerros lagartos donde subí
para en sus crestas verme como nunca.

Esto me abunda en quererlo decir desde
qu'estuve encaramado en pórfidos estuve
y en cuanta roca sin motivo otro
que verme ahí.

Y en cierta vez recuerdo una escalada
que terminó en adoración. No sé,
no supe bien, o qué, o eso
inexplicable cuando llegué a una altura donde
cielos y cumbres me abrazaron,
caí de rodillas y lloré.

Oh ese bar

E estábamos en el bar La Gota de Grasa
famoso cubil de nocturnos. Óiganme,
no una noche ni dos jugábamos al truco,
no por chiste ¡epa!

Orejeábamos la noche sin apuro
y sucedía qu'el tiempo
sin avisarnos iba hacia hacete
de cuenta que estábamos en el paraíso.

Que hasta a la alba no cejábamos
de manejar cartas ahí
seguros de que nunca se nos secaría la lengua
por falta de reposiciones vínicas.
¿Dije bien?

Lindo tiempo ese el perdido,
pero conciso, lleno de hombría y amistad.
¿O qué otra cosa tiene mejor la vida
que darse el gusto uno sin ofender a nadie? Sí,
estuve revolcándome en La Gota de Grasa.
Y los moralistas vayan a otro bar a predicar
porque aquí los mirones son de palo.

Riña de gallos

Otra vez
por dormido mal anoche amanecí atravesao.
Por eso le dije a un amigo tu poesía
nada que ver con la poesía,
es harina de otra bolsa.

Y como el hombre se molestó
l'endilgué este discurso: ¿Qué ti has créido ah?
tirás la taba al aire y cuando cae culo
vos decís gané.
Además si tu asunto es engañarte hacé
lo que se te más guste,
largá ventosidades por la boca
y escribilas como poema, pero no me vengás
con que son verdades mundiales.

Cierto le pegué rudamente hoy
por las palabras bostezadoras qu'escribe y él
de manera peor me devolvió los palos.
Si mi abuela viviera nos hubiera dicho dejen
de darse picotazos en la cresta,
con su pan se la coman a la poesía.

L'envidia

De frente sonrío,
por la espalda te apuñala, llora
porque no tiene lo que vos. Adolorida
es alimania muy asidua a chuparte la salú, exhala
vaporoso veneno, actúa
cuando un cualquiera acierta en algo.
Por eso si se te da una buena escondela
de modo que no se vea,
poné cara larga decí que estás en pérdida.

O cuando el bicho tire la zancadilla
pegá un salto por encima,
pisale la cabeza o mejor todavía
hacele con la mano la seña tomá tomá.

O tal vez nada sirva porque si en vida
hiciste algo bonito,
llegada tu muerte la víbora
irá hasta el cementerio trepada en el cajón
para ¡ayayita!
propalar veneno sobre tu recuerdo.

Persecuimiento nocturno

Estaba a punto de dormir y antes
de quel sueño me alcanzara
vi a un hombre caminar en calle desconocida.
puertas y ventanas cerradas,
ningún caminante a más de él.

Era verlo ir mirar a derecha e izquierda
sin rumbo al parecer no saber dónde
ir y desubicado andar así
como si viniera de otro país a buscar
lo inhallable.

Y me dije: ¿qué le pasa a este otra vez
aquí andar pobrecito de mí?
Dije, porque por el modo de andar sabía
quese individuo era yo.

Hasta que afortunadamente quedé dormido,
dejé de andar persiguiéndome como otras noches
me sucede no sé por qué.

Ana Emilia Lahitte nació en 1921 en la ciudad de La Plata. Ha publicado 23 libros (poesía, narrativa, ensayo, teatro y periodismo). En 1997 la Municipalidad de La Plata editó sus obras completas.

Autorretrato

Me miro en el espejo.

Una mujer avanza
desnuda
sin heridas aparentes.
Es una hembra espléndida
en épocas de celo
tal vez.
Pero ya muerta.

En carne y sombra altiva
despoja sus silencios.
En silencio
un idioma de albatros
la sustenta.

Se yergue luego
intacta
con dignidad de hiedra.
Y asomada
a sus muros
de lumbre y soledades
espera.

Cetrería

Liebre, venado, faisán.

No me atrae la caza
ni me gusta alinear la carne roja
en bandejas de plata.

Pero el halcón
acaba de traerme tus ojos.

Amo la cetrería.

Mañana
ha de traerme tu mirada.

Gironsiglos

Ritzos restaña el sol de venas rotas
que fue Miguel Hernández.

Junto al manso D'Amicis de mi infancia / recela el siglo en celo de
sus Emmas rapaces / de sus hembras con filo de alhucema. / El Flaubert
de mi madre / huele a hastío / a musgo / a discreción. / Huele a cuero
de Rusia el D'Annunzio vedado. / (La decencia era un rito / un

embrión de sándalo. / Era indecente el sexo de Picasso) / Todo gime
clausura / humedad de gusanos pulcramente engendrados. / Nuestra
noche estrellada incuba radioactivos / girasoles de llanto.

Escucha los colores de Trakl / las aguas vivas de su incesto. / Hay lla-
gas que jadean / desalojan el Duino. / "Todo ángel es terrible"... / Es-
cucha los mandalas de Pessoa / el dios cojo de Artaud / el sur de
Gelman. / Paren de pie palabras terminales / que jamás nacerán / aun-
que renazcan de la muerte de todos. / La cacería humana ignora esas
palabras / su proa de mandrágoras. / Nunca comprenderán / que ante
huesos que piensan / callar es una fragua.

Sofismas de Claudel anunciar a María. / Marilyn se desnuda en nal-
gas del verano. / Fue una cortesía de Sartre / convocarnos para entrar
en la nada. / Nos autoconvocamos para entrar a Ana Frank / a Biafra
/ a Chernobyl / enfundados de amianto. / Borges entró en la muerte
como en una fiesta. / No fuimos conjurados.

Desdeñada por Joyce / seducida por Marx / violada por Freud /
Scherezade se ahorca con albatros. / Marguerite Yourcenar se *opusnigra*
para sus funerales aún lejanos. / Su ardilla memoriosa / le sugiere morir
/ cuando Adriano ya no lea el silencio. / Duras-Resnais / procu-
ran convencerme de que el sol de Hiroshima / no habrá de aniqui-
larnos. / La nuestra sigue siendo una raza en exilio. / Sólo el Mono
Gramático está a salvo. / Quedan abiertas tumbas. / Los muertos
desertaron.

Corroe el arco iris la ausencia de los pájaros. / En las computadoras /
el amor se oruga kafkianamente / en textos para incautos. / El tiem-
po ya no existe / no ha existido nunca. / ¿Saberlo es necesario? / El
hombre / ese quasars apagado. / Filma Visconti. / Malher resplandece
/ junto al intocado candor de los pantanos.

Altri tempi

Las salas enfundadas como inmensas corolas y un secreto soleado:
el país de los patios. (Se decía glicina, heliotropo, diamela,
como ahora se dice ADN, sidaico). Aquel cielo privado
con chicos y canarios y huertos y murales de macetas pintadas
era de veras cielo. (Entonces, lo ignorábamos).

Nunca imaginamos que lo fuese, hasta ahora en que hemos
cumplido nuestros propios infiernos.
Aquellos cielos
bajos, a ras de tierra, humanos. Todavía a salvo. Allí donde ser niño
era tener abuelos en la casa y amarlos,
dejándolos vivir libres de vaciaderos de viejos:
adiestrados espectros que siempre se demoran demasiado
en morir y dejar limpio el mundo,
que ya no tiene patios, ni destino, ni tiempo.

Ser niño era pedirles que nos dieran la mano, porque teníamos miedo.
Y volver a pedirles que nos contaran cuentos (que eran verdad,
ahora lo sabemos) Y llorar junto a ellos penitencias y encierros:
“había que educarnos”... Se decía señor y plegaria
respeto, con limpio olor a incienso y a sopa obligatoria,
almidones y unguentos.

Se decía Maestro, y en el cuaderno único cabía el universo.
El padre, con arrestos de patriarca doméstico, “tenía autoridad”
y la madre dulzura, por amor o por tedio.
Lo cierto es que la casa nunca estaba vacía
(la mesa familiar, otra inútil reliquia) y la abuela, el abuelo
—una especie de puerto del buen regreso—
eran sencillamente viejos: con todos los derechos a morir
en su casa, en su cama, en su llaga, en su pulso, en su tiempo.
Sin adiós intensivo. Sin pactos terminales de abandono y silencio.
En fin, sólo fantasmas de cielos y otros tiempos.

Atrapados

Sólo tengo de vos
una fotografía con pómulos rasantes
tu pelo de llanura sobre los hombros tensos
y sin brazos
-no he podido inventarlos todavía-
y tu extraña manera
de acompañarme a solas
de este lado del mar.

Vivías en París
(lo especifica el dorso de la fotografía)
ignoro si habrás muerto.
Importa
el desamparo de tu mirada inmensa
que me atraviesa
y sigue camino a mis espaldas
sin dejarme jamás.

Mirás hacia el vacío.
Un abrazo
sin tiempo que se abraza a sí mismo.
Mirás
como buscando la huella de un albatros.
Algo que implora
un límite para poder llegar.

10

*Mi soledad está hecha de ti,
lleva tu nombre en su versión de piedra.*
Olga Orozco

Has muerto.

¿Debo descarnarme
contigo,
aceptar el frío,
trasvasarte a mi pulso,
fecundarte?

Enséñame
a caminar de nuevo por el mundo.
A esperar el otoño.
A ser
sin ti.

*La carne, al poseerla, fue luz
e inteligencia.*

Fuimos seres violentos.
Y no nos atacamos
porque ni uno ni el otro
rehusó ser atacado.

Qué hermosa soledad fundamos
sin saberlo,
tras la huida secreta
de las hojas, del río,
y algunas contraseñas del verano.

Néstor Groppa nació en Laborde (Córdoba) en 1928. Vive en Jujuy desde los años 50. Fue cofundador y codirector de la mítica revista *Tarja*. Creó la Editorial Universitaria de la Universidad Nacional de Jujuy. Tiene cuarenta y siete libros publicados, entre otros *Indio de carga* (1958), *Carta terrestre y catálogo de estrellas fugaces* (1973) y *Obrador* (1988).

El Clínicas

Un paisaje con soldaduras y olor a carburo.

Con el olor de las perchas

y de los cajones
de las mesas de luz,

raspando el moho de los inodoros

y de los inservibles
tubos de dentífrico,

con guantes olvidados en el revoque

y las fiebres
de todos los enfermos
con el aire de los depósitos de la Morgue

y los huevos
empollados por la muerte

que la vida abandona en los departamentos

hicieron el viejo Clínicas
y lo pusieron en el centro de la ciudad
amarillo
sucio
grande como un frigorífico
con una "troupe" de perros que ladran
y otra de practicantes con la cabeza llena de
específicos.

Por las botamangas del viejísimo Clínicas
hay letreros de las huelgas estudiantiles
y una cancha de pelota
abandonada,
y un sopor de nicotina,
y árboles
con la copa de papel,
y canaletas con el agua de trapo,
y ruido
de colores,
y días con el viento de agua
y el misterio de los techos
que son pisos,
y las luces de manteca,
y ni siquiera son nuestros
nuestros propios nombres.

Sudan los platos con paisajes de las tintorerías,
pasan mujeres
como quien muestra apurado una
fotografía.

A la noche,
aparecen horizontes como baúles
donde se guardan los pañuelos de las despedidas,
y la música gotea

por las antenas de las radios mal cerradas
en el tiempo que duran dos cortes de pelo.

Se sabe
de quejidos leves
como los pasos de las monjas,

de botellones tapados
con una naranja,

y almanaques de muchos años atrás
conservados como cuadros.

Se dice
de tranvías
con movimientos de mujer acostada,

y gente que a la mañana
lleva el gesto de los dormitorios,

el aspecto de las poluciones,
y las constelaciones de la sangre
borroneadas.

A la noche,
trapos negros salen de las bocas.

Mientras las señoritas de los avisos clasificados
hablan con sus novios en los zaguanes
las lucecitas rojas
del Clínicas

están filmando la muerte

tan de cerca!

Y en el patio del viejísimo Clínicas

apareció un instante de “kermese”
donde encontramos

desde una lengüeta de zapato de color
hasta el Sum-Sum-Man-Bao (periódico chino).

El mar en las vísperas y el diluvio del tiempo

Primero fueron las supernovas
(estrellas que explotan) y en ellas,
las cosas.
Entre aquellas cosas fue el mar.
Cada hombre llegó con él.

Hay restos del mar (la sal) en la sangre del hombre.
La sal y la meticulosidad del movimiento

reavivado en las vísperas de todo ser.

La materia del poema

Los espín, los protones y los electrones
y neutrones de ambos sexos
pululan; enjambran la idea, la mano
de papel, las patas de la mesa y de nuevo el mundo
restante, todo. Las partículas elementales
llegan a su máxima expresión
cuando incorporan el deshojar del poema
o la bandada de partículas de tres colores
que ha de sostenerlo y divulgarlo.
Siempre rige al poema la incertidumbre
de ondas de velocidades cortas y largas
según dama de compañía
y parejas del amor
con este 1 seguido de 40 ceros
en mil millonésima de micrón
donde también se expande el azar de una estrella
o una palabra.

Solo

La estrella que persigue a su propia
luz
la caza y mantiene prisionera
sin que nadie la vea.
Hay muchos así, tan generadores de su
luz
en el placer del mundo.
Tal vez nosotros. Encerrados en nuestra
luminosidad;
trabajándonos; volviéndonos agujero
negro
sin peso específico,

luz de paso hacia el infinito.

22 notas (de barrios lejanos)

El sol
es lágrima del fondo
de un otoño remoto
que va deslavando el polen y el polvo
celeste de las horas.
Y el cielo es el templo
que cobija
las fraguas humosas
de la tarde,
la flauta
de José el afilador
y alguna bigornia florida
donde recomponen
estrellas.

Su campanario
voltará bruñidas jornadas de luz,
en tanto la flor del tiempo
-retornada y exacta,

lozana, siempre clara,
en todo momento
renacida
-deja oír
su abeja de sol, y pinzar
su lejana corola de polen y polvo
deshojada
con los ojos
o nada más que con el pensamiento,
artesanalmente
estucado, sobre esta feligresía
de las horas.

34 notas

Alfajía de luz
por entre eucaliptos.
Luz fragante,
mezcla de amanecer
y medianoche;
de hojas mortecinas
pudriéndose
o de años
con agujas
de color
tirando a alfajías de luz
aserrada
que deja
fresco polvillo
de amanecer
en las hojas del rastro.

Juan Carlos Bustriazo Ortiz nació en Santa Rosa (La Pampa) en 1929. Ha publicado: *Elegías de la piedra que canta* (1969), *El aura del estilo* (1970), *Unca bermeja* (1984), *Los poemas puelches / Quetrales. Cantos del añorante* (1991), *Libro del Ghenpín* (2004), *Unca Bermeja y otros poemas* (2006). Tiene escritos entre 70 y 80 libros, la mayoría inéditos.

VIII

Luego serás cuajada luna

y cuidarás las ovejitas verdes del monte paridoras oh
baladoras sus orillas hasta el confín de sus balidos
luego serás qué laguniñas niñaslagnas monteadoras
serás la leche más rocía y serás más más que la luna
serás la luna repetida y repetida hasta mi hueso serás
la flor reventoncito luego serás lo que yo quiera lo que
vos quieras que te pida te apagaré tan mansamente
boca con boca la sonrisa te molereé como quien muele
silvestres bayas maduritas serás más luna que la luna
por machacada

revivida

Estilo Nº 34 “Del Temple del Diablo”

*...y no haya un paisano triste
después de arder tu guitarra,
que por el Temple del Diablo
se vuelve música santa! ...*

Se aromaba tu guitarra,
templador de voz transida,
y en las honduras del Puesto
dulcesalobre se abría.

*(Entierra todas tus ánimas,
piedra mala de la herida! ...)*

Eran la tierra tus manos
bordoneadoras y antiguas,
porque el trenzar tus milongas
eran un lujo de finas.

*(Entierra todas tus ánimas,
piedra mala de la herida! ...)*

“Toque nomás, guitarrero;
despierte lumbres dormidas! ...”;
y era un contento en la tarde
doña Mercedina Silva.

*(Entierra todas tus ánimas,
piedra mala de la herida! ...)*

Raíz te hiciste, luz, árbol,
endiablada melodía,
viento, pasto, real, cacharro,
piche, calandria, aguadita...

*(Entierra todas tus ánimas,
piedra mala de la herida! ...)*

Y tu guitarra, endecheda,
sabía de cantos ardía.
Todos los trinos del monte
desde su vientre subían.

*(Entierra todas tus ánimas,
piedra mala de la herida! ...)*

1

caéme la luna de las derrotas
rómpeme el aire las muchachas
que tengo en las pérfidas sienas
en la derecha costa mirla
bájase otoño de las nieblas

bájate niebla hasta mis muslos
regalaréte lengua ansiosa
hasta agoniarte y fallecérteme
hasta que mi amor póngate en yesca
rómpete taza sin ponzoña
estarás en qué galladura
en qué preñez en que siga ardiendo
hasta quinientos o tres mil años
ay mi casada de tornasoles
mi algarroba de treinta sombras
entreilusionado no veréme
y en tus trémolos no seré padre
ay mi junca desriñonada
mi descaderada chilca augusta
ni mi parida muy serásme!

21 de otoño

Quetral 1

*Quetral de cantar antiguo,
ya tengo tu brizna viva,
ya en tu más roja raíz
empiezan mis melodías...*

Con este vino que lava
tu sangradura más dulce,
te nazco, quetral, te salvo,
te desencanto las cruces.

Así empieza mi boca,
crujidorosa en sí misma,
y en el silencio morado
ya le despuntan las vidas.

||

Las vidas, digo, porque andan
unas como almas cantando
en esta pampa de vientos
que me ensonora las manos.

Tu boca teje y desteje
todas las lenguas del mundo,
y halla su luz cuando un labio
le dice “soy tu profundo”...

Quetral que estás en tu nombre,
yema en qué noche besada...,
quetral, nacencia de flores,
dame tu crista guitarra!

...alón, alón
de la ceniza subiente!
Resplandor,
resplandor,
ángel
crujiente!
Fogarón
vieja miel de grito agrio,
aporreada corona
Final!

Sexta

Palabra

Qué	convulsión	del	cielo	me	amenaza
en	lo	creencial	del	mundo	que me enluja
con	los	errantes	velos	de	la bruja
que	ayer	quemé,	cuya	ánima	me abrasa
de	septentrión	a	meridión?	Me	arrasa
el	corazón,	las	testes,	si	me estruja.

Cuadragésima

Tercera

Palabra

Adónde vas, poeta nochernícola,
de austera sal, de halo melancólico?
Y el primo amor, o bien, el tu penúltimo?
Y el vaso azul? Erótico y arqueólogo
te sientes bien, mi vate, muy católico?
Eres o no el juglar, el archimítico,
el hacedor maniático, elegíaco
de tu canción? O estirilas de neurótico
talante, o vas de túnica, de báculo
por la vastura de la noche eólica?
Ay semoviente, austral humano mágico,
nómade Juan, desnudo en lo fonético?

(Ruta 5, divagando bajo el
pánfilo viento)

balada arcaica

ya te vas vegetal tornasolada no me prendas la flor del exterminio
fulgimientto del agua de los ojos no me prendas la flor del exterminio
hinchamiento del cielo qué potencias no me prendas la flor del exter-
minio qué hinchadura del mundo taza turbia no me prendas la flor
del exterminio con el hijo salido de tu entraña no me prendas la flor
del exterminio con el ala punteada de tu ángel no me prendas la flor
del exterminio con arcillas que vuelan soberanas no me prendas la flor
del exterminio en olor de adiós que me espeluzna no me prendas la
flor del exterminio con tu boca antañera tras tu boca no me prendas
la flor del exterminio en amor de tu sombra sonadora no me prendas
la flor del exterminio!

27 y 28

para vos, dueña de los ponientes.

Rodolfo Godino nació en San Francisco, Córdoba, en 1936. Actualmente reside en Buenos Aires. Tiene publicados trece libros de poesía y dos antologías. Entre otros: *El visitante* (1963), *Gran cerco de sombras* (1982), *A la memoria imparcial* (1995), *Centón* (1997), *Elegías breves* (1999), *Estado de reverencia* (2002) y *Lengua diferente* (2005). Obtuvo, entre otras distinciones, el Primer Premio Municipal de Poesía de la Ciudad de Buenos Aires y el Premio de la Academia Argentina de Letras.

Quemando la poda

Con Pedro, mi padre

Nuestras muertes se aproximan
en la cambiante pared de humo
que cerca este lugar. El finísimo contacto
copia tu sombra.

En los círculos profundos, ¿cuánto valen
mis maniobras? Hombre de años
estables, ahora conoces: en este fuego
vuelves, uno con tu hijo,
con tu envoltura delegada.

En la claridad rojiza todo se reduce
al aprendizaje de la madurez, tan lento.
Tus ojos destruidos adivinan
lo que mi espíritu recobra
hozando entre las brasas

Enteramente abierta el alma, exhalando,
Recibes letra pero tu bulto calla:
mi llamado no cura
las escamas de una lengua deshecha.

La relación se consume
entre hojas incendiadas. (Las voces
se extrañan, no debieron separarse).
Sin embargo hablemos para que la escena
no caiga: espera, nunca viste
la acacia ahogada por el vaho,
por la nube del jazmín.

Estado de reverencia

1

Sujeta, impedida
mantuve en mi boca la palabra
que nos hubiera convertido,
la que debió orientar,
conducir
hasta los cuerpos desmañados
agua de unión.

Casi no existíamos,
la lenta sabiduría
apenas tomaba espacio
en la historia desierta.

2

Fuiste el centro
de los poemas oscuros,
los que creían
alcanzar revelaciones
en los rastros aún tibios,

quizás un brazalete
sobre los mosaicos húmedos
de la terraza
que tu aura me prohibía:

temeroso

de la belleza fluyente
sólo rozaba el círculo,
las huellas de tus pies tempranos.

3

Estás ahí.

El arco excéntrico
de tu brazo todavía recorre
el pelo encrespado.

Estás ahí,
con el fondo doméstico
de lomas abiertas por la cal,

trabajando en el tumulto
de mi garganta, imagen
que se ordena para volar
o ceder el alma.

4

Nada merece
sus despojos, ningún milagro
su evaporación, ningún jardín
vientos del sur
o una lengua de fuego.

Te miro,
una más entre la gracia
de agapantos y estrellas federales
ganando luz y perdiendo realidad:

te doy otra vez
aire imaginario
sin rozar tu cuerpo verdadero.

Te miro,
tanta destrucción
y sin embargo estás viva.
¿Hubieras durado
más allá de sueños
sin la defensa,
sin el molde de las palabras?

5

En el paraíso, en las rondas
de mi cabeza fiel
todo es claro.

Mañana
como hoy volveré a cavar
según tus límites:

la máscara de una fotografía
o un pectoral quebrado
no te muestran, no hablan de ti,

sí, el movimiento amarillo
que fuiste un instante
al ir desde las columnas
a la escalera
de cortar racimos,
 eso quedó
en el ojo virgen
para siempre,

 esa es la puerta
por la que entras y sales
del fino pincel,
pequeña en el tiempo
y apenas iniciada,
sin compartir la comunión
porque signos y descensos
frenaron al espíritu
en el fondo de mi boca.

6

Nada me ayudó.
Todavía ignoro
si al menos el ruido, la cáscara
del amor ahogado
 fue percibida
sobre los continuos
dones solares.

 Las palabras
no dichas cercan al mundo
y dañan después, arden
en sus ruinas:
 ¿cuánto pagaré
por haber negado el alma?

7

Lo que te guarda vive
en el amanecer.

 Te alejas,
encerrada
al otro lado del vidrio
 y otra vez
el perfume apagándose
anuncia el viaje,

acaso el fin de los años nocturnos
donde lo arruinado
corre hacia atrás

esperando del sueño
remedios de fondo.

 Te alejas
del que quiso servir
sin poderes, sin cuerpo,
 del que hunde
la cara en la tenaz imagen
de aquella casa musical
que ya no guarda de ti
la voz ni el porte,
de mí solo atriciones y averías
y sobrevuelos
 de un canto
que vibra en el vacío, que siempre
recomienza.

Sobre el primer desnudo

La visión consentida de labios
e inmediaciones de ordinario en penumbras
crea –aunque la acción cese allí– dependencias
de fuerza y poder acordes
con la percepción de la belleza.

Diluvios, veranos giran
sobre el hecho destinado
a la levedad del deseo en la memoria,
cuando el azar despierta a los caídos
(en un jardín, frente a una boca,
en el entresueño) y los empuja
al rastreo, al remoto
golpe de ternura,
no importan deberes, cuerdas, lazos
ni el tiempo muerto ni el regido
por la sujeción o la impotencia o el duelo
por la menguante gracia carnal.

Contra el purgatorio

Si al morir sumara más tiempo
que el que duró mi padre, ¿nos encontraremos
en las grises arenas, él afeitado y ágil,
los ojos guiñando a la claridad futura
y yo –deudor de ánimo mal cortado–
removiendo las omisiones
que el alma aún allí mantiene despiertas?

¿Cómo otra vida o antesala
o miles de atroces años así?

Día de presagios

Entro en la mañana cargándolos, brasas
y yo una figura sin equilibrio
buscando nombre en el futuro
hasta donde el ojo interior concede.

(He sido tantas cosas, pero firmes
Ligaduras impidieron que me alejara,
la comprensión de mí, quiero decir,
negaba la escisión, me sostenía)

El peso de lo que vendrá cambia al portador.
Pero aún creo en ti,
no te olvido, sumo
garante de cuerpo perdurable
disponiendo la transición con infinitos,
raros poderes.

Santiago Sylvester nació en Salta en 1942, vivió casi veinte años en Madrid y hoy reside en Buenos Aires. Ha publicado doce libros de poesía, entre ellos: *Escenarios* (1993), *Café Bretona* (1994), *Antología poética* (1996), *El punto más lejano* (1999) y *Calles* (2004). En 1986 publicó un libro de relatos, *La prima carnal*, y en 2003 uno de ensayos, *Oficio de lector*. En 2003 presentó la antología *Poesía del Noroeste Argentino. Siglo XX*. Dirige la colección de poesía *Pez Naufrago*, de Ediciones del Dock.

Retrato

Esta cara es también las otras que alguna vez ha sido.
Este pelo blanco, en cambio, no es el otro, pero cumple su
tarea con la misma fe.
El brazo izquierdo, con un reloj en la muñeca, pregunta la
hora a cada rato;
el derecho acerca la comida, se estira hacia el teléfono y
dispone de una mano que no tiene descanso: una mano que
detuvo un camión en Payogasta.
La pierna izquierda alguna vez se golpeó contra una piedra
(dos meses inactiva); se acompaña con la otra y entre las dos
transportan esta carga difícil, de opinión imprevista.
El hígado promueve aclamadas satisfacciones;
el sexo euforia súbita, esperanza sucesiva de una nueva
euforia.
Los ojos miran gestos, colecciones de gestos, y de ellos
sacan la conclusión que necesitan.
Esta mirada no siempre es impasible, esconde un centro
incontrolado, una acumulación de miradas: todas necesarias,
ninguna con la solución.

No puedo distraerme;
un solo instante de abandono
y muero aplastado por estos desconocidos

que he juntado
y que trabajan para mi perdición.

La rótula

De una rótula conozco, sobre todo, la palabra rótula.
No sé qué sabe la rótula de mí, tal vez que hablo solo y
duermo de a pedazos,
pero ocurre que nos necesitamos, nos debemos favores, y
eso cuenta al hacer el inventario.

Ella es un énfasis entre vocales graves,
yo un peso arbitrario, propenso a caminar sin rumbo.
Ella viene del latín, de boca en boca,
yo vengo de Salta, de tropiezo en tropiezo.
Ella se incrusta como un acorde haciendo fuerza,
yo digo mi opinión: enfermedad sagrada que agradezco a
Heráclito.

Y aquí estamos los dos, sin saber el uno
casi nada del otro, pero ambos
capeando el temporal cuando lo premonitorio
habla de una dura década
que ya habrá comenzado,
y el dato de ese cálculo soy yo:
pieza llena de mañas
que ha llegado hasta aquí
gracias a la complicidad de lo que ignora.

Un golpe en una mesa,
y el hombre mira alrededor, sin éxito ni culpa, sólo con el
asombro del que, repleto de whisky, no encuentra qué decir.

La palabra, una autopsia: un corte transversal en el cerebro;
y de este menoscabo del lenguaje se alimenta un época que
cesa, no por agotamiento, sino por crispación:
el psicoanálisis concluye en epilepsia,
la semiótica esconde su abuso en la trastienda,
la fanfarria de la ciencia no logra descifrar sus
propósitos;
¿y qué haremos con la actividad de la palabra?

Un hombre ha golpeado la mesa, torpe la lengua y la mirada
idiota,
y ha marcado el arranque de una nueva era:
él es su profeta,
una trompada en una mesa su huella digital.

No tiene brillo ese hombre,
ni siquiera cuando toca el violín:
descascarado, pulcro, con la edad ya insegura: una pared
caleada que muestra a su pesar las noticias del tiempo.

Ni brillo ni resolución: sólo un resultado.
Se acerca a cada mesa y deja allí flotando la mano con que
pide: la misma mano que sostiene el arco y suelta ante
nosotros fragmentos de Paganini, aproximaciones y retazos.
Mano experta que, al aunar dos gestos, conoce la distancia
entre ilusión y derrumbe: mano que actúa como si no supiera
que esa distancia es ella.

XVII

Hay
un contagio de mirar
como hay otro
contagio: el de no estar en el lugar correcto,
contagio de la década perdida que se llama
fracaso.

Fracaso
que se esconde en cualquier parte
y desde allí avanza hasta ocupar la respiración.

Pero el fracaso es selectivo, elige
con cuidado: cada uno
con su fracaso propio, como la muerte propia a la manera
organizada de Rilke, como el pan de cada día, la propia
purificación o la palabra propia.

O la propia versión del que, por ejemplo, dice:

...el largo filamento que dejaba un caracol en el patio: iba de hoja en
hoja, inspeccionando todo, lenta y concienzudamente, como si tuviera
el deber de informar de su paso por la tierra, con su enorme memoria

de animal milenario. Inmóvil ante una hoja caída, bajo el toldo que paraba el sol del verano, y nada se movía en el patio; sólo que para mí la vida era un túnel por el que soplaban un viento feroz, un arrebato que me llevaba a la otra punta: yo era succionado por la gran ventilación, y aparecía con el pelo revuelto y los ojos fuera de órbita en la otra punta del mundo: y yo no estaba aquí sino allá, donde la vida no tenía la meditación ceremoniosa y sabia del caracol sino el oleaje del caballo en el momento de saltar. Yo era ese caballo viviendo en ese caracol.

Toda esta gente, aún sin saberlo,
tiene opinión sobre nosotros: nos da la razón, discute, habla
en contra o a favor:
y todos, aunque
no lo sepan,
necesitan dos oportunidades: la primera, para la impostura;
la segunda (y
siempre que haya suerte), para mostrarse como son.

Ese hombre angustiado
se despierta a medianoche para saber cómo está,
aquella mujer no termina de cuajar en estilo; lo peor
del exhibicionista
no es lo que muestra sino lo que oculta;
¿y qué haremos con ese hombre pomposo que, cuando habla,
no se apoya en su opinión sino en su cuenta bancaria?

Sólo la variedad
justifica esta abundancia: ver
es verse, pero el riesgo consiste en lo contrario:
no advertir que, al mirar,
nos estamos mirando: salir
a no mirar,
y que esta calle no exista para uno.

De todas las teorías, la que más me intriga es la de la
reencarnación: no
por lo improbable de haber sido hugonote
o coliflor en una huerta etrusca,

sino por la sugerencia implícita de que
cada uno de nosotros merece haber sido otra cosa.

Hablo de merecimientos: la insistente sucesión que viene
desde lejos: el que es, el que
pudo haber sido
o para averiguarlo con ejemplos: el que quiere el bien y
hace el mal, el que tala un bosque y
ronca bajo el agua,
el que degüella la gallina para la cena pascual,
el que se disgrega en la noche con las canciones de la buena
nueva: o
el que, como cualquiera de nosotros, ha heredado un error.

Hasta que nos retiramos juntos hacia un rumbo inesperado,
y ahí queda la pregunta de si es útil buscarnos en la ceniza funeraria
donde, todos revueltos, estamos inventando
un porvenir.

(perseverancia del halcón)

Tiene nombre ilustre
y lo protege la serenidad: vuela sin inmutarse por el espanto
de esos pequeños alborotadores que resguardan huevos y
pichones:
él
con alzada majestuosa
y ojo directo
busca comida.

Por estas quebradas
pasó la historia: él
vio todo: gente a manotazos, escapando o persiguiendo:
huestes perdidas, el murmullo de muertos que se
escucha promediando enero: una partida de gauchos al acecho,
la cabalgata heroica de pobre gente
obligada al heroísmo:
y vio también el merodeo, el desplazamiento: los restos de
una civilización que ha prescrito: piedras y cantos con alguna
ceremonia:

las desdichas terrenas
 y los pliegues de un canto.
 Oda
 y ánima.

Flotaba la edad conquistadora
 su vientre a la deriva
 desplazando a las joyas.
 Amuleto del mar.
 Pócima móvil.

¿Quién olvidó estas ropas?

Una camisa abrazada a los árboles
 y de los capitanes
 un herrumbrado yelmo
 y el golpe de unos pasos
 malditos por los sueños.

Estas adivinanzas escapadas
 sin encontrar señal
 en el poema.

Restas en el azar.

El silencio de la estrella del norte responde al silencio
 de la estrella violeta del sur.

“buscamos miel
 cogemos plata
 necesitamos algunas muchachas”

¿Dónde estamos?
 Sólo contamos con el agro y las tejedurías
 ya nada nos protege
 ni la serpiente ni el jaguar ni el gamo
 la diosa calavera de un caballo español
 trastornó,
 atravesó los campos de hondonadas
 las tuscas florecidas
 en los poblados marginales
 hizo gemir a las antiguas médicas.

1963
 en Maquijata, en La Punta, en Sinchi Caña o en El Tasiá
 o el Alto de Quicayo
 unas lanas bermejas colgadas a secar
 en las ramas de un tala.
 Altanera o sanguinaria
 una niña con anteojos ahumados
 dama o cabrilla o muñeca feroz
 comía tunas blancas:
 “No toques estas sábanas
 si mi cuerpo descansa
 sólo ámame despierta si con mirar bastara”.

Cuenta la vagabunda tropa de Don Diego:
 del lado de luto de tus ojos
 el final de la tierra

FINIBUS TERRAE
 abordamos las horas que faltaban
 temprano
 buscando un mayor botín
 a nuestras provisiones
 fuera carroña o la pisada
 de un aborigen sorprendido
 abandonando el incendio en la maleza
 fundado en nuestro paso
 o el espantoso estruendo de las espingardas.

Desde comunidades alejadas
 vienen sombras
 fuera por agua o fuego
 un difícil socorro a las haciendas
 frío calor se mezcla
 errando nuestro viaje
 haciéndose en el cuerpo
 pestilentes dolores
 exhalando en lugar del aliento
 negras invocaciones
 si es que por cierto fuéramos
 las crías del Señor
 o un avío desecho de los antros.

Este atento temblor en nuestras mentes
rechazaba las dádivas
vinieran ellas por el cielo
o desde el mismo infierno.

Ahora nosotros
miramos el huevo del gran Roc
un crujiente espectáculo en su cáscara
el derrumbe ascendente de sus grietas
como una catedral rajada por un rayo

la oscuridad de un río que
sirve a púrpuras cosechas gracioso pie descalzo de la sierva pompa
rosa el aura que desnuda este mercado que alumbra por la espalda
guirnalda que envuelve a tanta casta madrina sangre de doca fruta y
virgen liana que roba y viaja tiesa o floja o nos gobierna presta abrazo
de libélula en la cama tanta espada degüella entre tus bucles inva-
diendo las mesas de la feria.

Entramos o salimos
a una cárcel sin bálsamo.

¿Y qué dice don Diego?
¿Y mi pierna perdida?
¿Podrida y olvidada en el naufragio?
Quién observa sus flujos vegetales
junto con mi memoria
atrapada por aquellas grandes plantas
viviendo de los pájaros
y del incierto soplo de cantos
ya lejanos.

El bordo

Esta es la trampa del fulgor sagrado.
Ha crecido la noche.
Sube el calor.
La arena por el cielo.
La noche continúa.

Muerdo un bosque en tus labios.
Un pie bajo el vestido.
Has elegido un árbol.
En la laguna de tus pechos vuelan los patos.
Una lluvia aceitosa cae sobre los nidos.
Asoma un ala inmóvil.
Delicadas
saetas subterráneas se mueven
lentamente
el pie
bajo la tierra del vestido.
Un cielo se abre solo
pasa un río.

La llamada

Es el diseño Goethe
que invierte las nubes de tus ojos.

La soledad
es la selva que dejas olvidada cuando abrazas.

Oh corriente del golfo
niña que sostiene la tierra en la mitad de la lengua
vigila la palidez de los árboles
el sueño
de las gallaretas y los sapos entre los juncos a las orillas
del lago.

Espía
espía esos amores mi santa comadreja
como una mancha en la boca
llevas mi corazón
vestida
con el cuchillo
que ha cortado tus trenzas.

Paulina Vinderman nació en Buenos Aires en 1944. Ha publicado nueve libros de poesía, entre ellos: *Rojo junio* (1988), *Bulgaria* (1998), *El muelle* (2003) y *Hospital de veteranos* (2006). Además, dos antologías: *Cónsul honoraria, antología personal* (2005) y *Transparencias* (Bogotá, 2005). Obtuvo entre otros premios el Municipal Ciudad de Buenos Aires y dos veces el premio del Fondo Nacional de las Artes (2002 y 2005).

Hospital de veteranos

1)

La ventana del hospital
da a un baldío espeso de pasto y de botellas rotas
(como cicatrices de batallas).

Un sauce milagroso crece en la esquina que
da al cuartel.

Hospital de otro siglo, el dolor que me ata
a la silla despintada también es de otro siglo.

Las enfermeras corren con los orinales
por corredores hundidos y no reparan en él.

No estoy acá para curar mi vieja herida ni mi insomnio.

Soy hija, se supone que las hijas tienen salud.

En plena noche los azulejos blancos destilan
una luz primitiva. Puedo seguir un camino entre las
camas sin titubear.

Esa es mi luna, también la que imagino
sobre las botellas como un spot.

Comprendo su soledad (sin hermanos)
en medio del cielo.

Comprendo las mareas, comprendo a la locura
como un exceso de blanco.

He sido amada (no comprendida),
he sido aquel perro solitario de mi primer poema,
que atravesó la calle para ser mi amigo.

“¿Podríamos jugar mañana, cerca del sauce?”

El amanecer está en un punto muerto,
suspendido por una memoria que semeja un barco
sin mascarón de proa.

(Igual que mi vida).

7)

El sargento cojo reparte las mantas
como medallas al valor.

Recorro con él el pabellón y me cuenta
su historia, amarga, (almendra amarga sin cianuro).

Padre mira con asombro su manta anaranjada
que resplandece como alguna vez su vida,
como alguna vez el pelo de mi muñeca
en su bolsillo enorme.

Da vuelta la cabeza, se va a su rincón sombrío
sin que pueda seguirlo,

yo quedo tratando de hurgar entre los hilos
de la vieja cobija alguna letra de un idioma
perdido.

Soy una epigrafista.

Y creo en mi dolor.

El buzón

Detrás del vidrio el buzón se comporta como un
testigo mudo.

Jamás podrá hablar de este íntimo mensaje, escrito
en la galería de la cordura: una flor helada

(como los reproches)

creciendo en silencio hacia un enigma.

Hay un imán en el papel, un espejo,

una confianza translúcida avanzando con la tarde.

Va en busca de la noche, de su palidez de claustro
en la aventura de contar la historia:

esa guitarra que nunca toqué, la voz del coro, no la mía.

Nunca vi a nadie echar una carta en ese buzón.
Y yo podría hacer de la espera de ese gesto
la tabla de salvación, podría convertirlo en un destino.
Una rebelión más confiable
que mis golpes contra las paredes en hoteles de paso
y la promesa renovada de borrar mi nombre.
He vivido de gestos como éste,
he sido cómplice de animalitos huraños
que sólo me daban su aliento aferrados a lo real
como una ráfaga oscura.

Isla Tortuga

Me despierto feroz esta mañana,
con ganas de amor y desayuno de campo.
Me apodero de la ciudad
abandonada a los pájaros como un
pueblo costero después de una tormenta,
y pienso en lo que queda:
un promontorio,
un refugio áspero al que visita
un cartero con la bolsa vacía
y juega a los dados en la penumbra de la
cocina.
No espero nada del verano.
No espero nada del poema.
Hay que pintar esa puerta herrumbrada
y contarme algún cuento de cuando
los piratas eran serios, señores de palabra
seca
y corazón ablandado como una ciruela
dentro del jarro de ron.

Postdata

Y todavía no te he hablado del
deterioro del correo en esta oscura provincia
del imperio.

El empleado únicamente gruñe
recostado contra un almanaque del año anterior
(un fondo excesivo de flores, vacas y montañas)
pero ahora lo enamoraron los destinos de mis cartas,
sonríe —algunas veces—
y puedo apostar que piensa en mí
cuando cruza los puentes rumbo a su almohada.
Uno puede adueñarse de los sueños de otros
para no morir, uno puede aceptar la vida como una
representación del deseo.
Así es que sin turbulencias, invento falsas
cartas a escribir
—exóticos remitentes en la mañana que tiembla—
y ese hombre y yo
volvemos a ser porosos, invencibles,
por un rato.

La superficie del verano

Hay un grillo bajo la tapa y raíces que cuelgan
en el corredor.
Hay restos de maíz, de arenales de río,
marzo pisa las calles y establece la duda
como triunfo sobre la mesa.
Es tiempo de terminar las historias
y ponerlas a secar (la vida está vestida
por nosotros desde temprano.)
Mi amiga dice: “El mundo es inconquistable”
mientras la colilla le quema los dedos y
ensombrece los ojos
“Pero le robé a un hombre el corazón”.
Qué hiciste con él, no digo, dice el viento,
qué hiciste con él.

Verano de 1954

Lanzo un sombrero imaginario al aire
y vivo otro día.
Escondida en algún lugar entre el cansancio

y el dolor, está la pasión.
Cierro los ojos en la oscuridad
y muero otro día.

Está arrojando el sombrero desde una terraza:
una chica flaca, de triste curiosidad.
Enfundada en un vestido más grande que sus sueños
(y en los sueños de otros.)

Qué era lo que cantaban todos alrededor,
hay un gran marco para una letra excluyente,

qué fue lo que cantaban.

Escondida en algún lugar entre la baranda
y el vacío, está la pasión.

En ninguna parte

Es una extranjera en su ciudad.
La delatan su furia, su pasión por narrar,
el uso de palabras que atesora como talismanes
bajo la lengua quieta:
zapote, encarnadura, cielo mayor,
tiene miedo a olvidar.

Las luces se hunden en su insomnio
como piedras contra la argamasa en el imaginario.
El mundo se interrumpe en cada carta que
espera
y sólo canta en sueños, los puños apretados,
quién sabe qué canción que huele a flores
o a la sordidez de algún bar, donde alguien le cuenta
su vida,
el hocico húmedo contra su oreja paciente.
Ella teme olvidar pero el gran olvido la espera
junto al río.
“Perderme en un bosque, morir por amor,
no diluirme como la ténpera en el vaso, no ser
Diego de Zama en la ribera”.

Regresa por calles bajas, temerosas,
se cruza con un afilador en bicicleta.
“Malecón”, murmura.
Definitivamente, está perdida.

Daniel Freidemberg nació en 1945 en Resistencia (Chaco) y reside en Buenos Aires. Libros de poemas: *Blues del que vuelve solo a casa* (1973), *Diario en la crisis* (1986), *Lo espeso real* (1996), *La sonatita que haga fondo al caos* (antología, 1998), *Cantos en la mañana vil* (2001), *Noviembre* (2006). Es autor de 16 antologías de poesía, en su mayor parte argentina y latinoamericana. Todos los poemas pertenecen al libro inédito *En la resaca*, de futura aparición.

Junio

Clavado en
la cruz
entre lo que tira
para arriba (o abajo) y
lo que aplasta horizontal,
llagado, de clavos
sostenido, nomás,
en el centro de todo.

Junio (II)

en el centro
de todo, en
la cruz
de todo,
su cruz

Junio (III)

En la vidriera un crucifijo, unas cajitas labradas,
un dragón bajo la lanza, una mujer de azul
que emerge de olas de agua plástica, unos signos orientales,
un buda gordo en oro falso,
y, un poco más acá, el vidrio, autos en el

apenas perceptible temblor del vidrio, transeúntes
desdibujados, música del pasar de las cosas
que pasan sin más. Potes con no sé qué, temblor
del paso del mundo acá, su reflejo rápido.

Septiembre (VIII)

Lentos, pesados, como gliptodontes,
esperando el semáforo,
para después, de un solo golpe, arrancar
cargando el aire de una ronca tensión,
apretarse, obturarse, acelerar:
música bárbara
del fin de los tiempos.
¿Habrá un fin? ¿Habrá tiempo
para pensar el fin, al fin? ¿Música vana?
Formas ahí pasan, quién sabe por qué, y pasan.

Enero

Negras las
bolsas de plástico, y
rotas
para sacar algo
que quién sabe si estaba.

Enero (II)

Cartón y plástico y un cuerpo humano
respirando pesado en el umbral, hinchado.
Como quien no puede más
que salir del sueño miro.
Mañana de sábado, el sueño terminó.
Lo que hay no es sueño, es la respiración
de un cuerpo humano a ras del suelo,
y un líquido amarillo, y papel de envase.

Enero (III)

*“¿Duerme? No, a mí
me parece que está muerto.
No, duerme nomás.”*
Junio (IV)

en oro gordo un buda y falso

Junio (V)

retorcido, un
dragón
bajo las patas
de un caballo
y encima del
caballo, un
santo, de lanza.

Junio (VI)

Un Dios
que se
compra barato,
un Dios
que no cuesta nada.

Junio (VII)

No cuesta nada este Dios, no cuesta
seguir de largo o no seguir, pasar
o no pasar. Por este mundo o por otra parte.
No cuesta nada, un buda en oro falso, un
gaucho esmaltado, un mate forrado en cuero
de vaca tobiana, cajitas con no sé qué polvos.

Junio (VIII)

¿Y eso que pasa de este lado
de la vidriera? ¿Eso que da lo mismo
que pase o no pase?

Junio (IX)

De un lado, las cosas,
ahí puestas a la
venta, falsas.

Del otro, las ¿no
puestas a la venta?
cosas, ¿no falsas?

Enero (IV)

Como arrojado por el
mar del mundo, un cuerpo,
respira, encallado
contra una puerta
de vidrio y metal.

Dilema del que
quiere entrar
(o quiere salir)
en lo político y
en lo moral.

Árida, la mañana
de verano
se demora
sin solución

(ni en lo político
ni en lo moral).

Sin solución, la
luz, entera,
de la mañana,
sobre todo.

Oscuro, enorme, un
cuerpo, arrojado
como resaca
de una mar, acá.

Junio (X)

benjuí, ruda, lavanda, santos y espadas:
irrespetuosa la vidriera, como una compraventa, igual
que las figuras que en el vidrio traza
la otra luz, de este lado: ramas de plátano,
quietas o en movimiento, cuerpos, máquinas,
en movimiento, por un instante estampadas
sobre unas indolentes ofertas de la fe.

Rafael Felipe Oteriño nació en La Plata en 1945 y vive en Mar del Plata. Ha publicado los siguientes libros de poesía: *Altas lluvias* (1966), *Campo visual* (1976), *Rara materia* (1980), *El príncipe de la fiesta* (1983), *El invierno lúcido* (1987), *La colina* (1992), *Lengua madre* (1995), *El orden de las olas* (2000), *Cármenes* (2003), *Ágora* (2005). En 1997, el Fondo Nacional de las Artes publicó su *Antología poética*. Es miembro de la Academia Argentina de Letras.

El nadador

El ágil golpe de piernas, la zambullida, los brazos
girando acompasados mientras la orilla queda atrás,
demostrarían, a primera vista, felicidad,
triumfo sobre lo natural estable;

sólo que el cuerpo ignora
setenta metros de oscuras aguas debajo
y peces que ríen del esfuerzo torpe, sin dirección,
y barcos que se bambolean repitiendo: “*todo vuelve
a sus legítimos dueños*”,

y líquenes ganados por una pereza fantasmal,
y la estrella, por fin, en el lecho que tanto buscó;
mientras en la superficie el nadador nada, nada.

La fotografía

Miro la fotografía en la que están ustedes tres:
sonrientes, tomadas de la mano,
como si el futuro fuera un diamante
en el que no interviene la mano del hombre.

Sin embargo, ése no fue un invierno feliz.
La piedra en que se apoyan ha quedado muy atrás;
tal vez rodó aguas abajo
o está hundida en la tierra.
El río habrá cambiado varias veces de curso
y en la ribera se alzarán ahora puestos de frutas,
pescadores furtivos,
algún chico arrojando piedras a la corriente.
Y tú, la mayor, ya eres casi mujer
y sabes estar a solas con el silencio;
y tú, la del medio, no eres más la niña que reía
y has aprendido a dar tu alegría a los otros;
y tú, la pequeña, escondes en la almohada de tu padre
tu primera carta con la palabra “amor”.

Porque no somos nosotros
quienes miramos la fotografía:
es la fotografía quien nos mira a nosotros,
quien nos dice en silencio
todo lo que nuestra mano prodigó,
lo que pudimos hacer y no hicimos,
lo que fue falta y se convirtió en herida,
todo lo que está quieto o dormido
en algún lugar.

Esta ley

Cuando no se puede ir más abajo se comienza a subir;
pregúntaselo al madero después del naufragio,
pregúntaselo al nadador en la corriente,
pregúntaselo al ahogado;
pregúntaselo a la moneda en el lecho del río,
al cazador que frente al blanco cierra los ojos,
al guardafaros, al guardavías, al centinela de la torre,
a los que atraviesan la noche negra con rostro despavorido;
pregúntaselo a los que sueñan y no pueden despertar,
a los que empujan en el desierto una piedra enorme,
al suicida, al miedoso, al temerario,
a los que llegan a la tierra de nadie
y encuentran que en verdad no hay nadie;
pregúntales,

porque hubo un día en que ellos tocaron fondo;
ellos plantaron un árbol y lo vieron desmoronarse,
ellos buscaron el sol y lo hallaron caído,
ellos cerraron los ojos y volvieron sobre sus pasos,
ellos se lastimaron un hombro,
ellos vieron leviatanes ensuciando su saco y su almohada,
y fueron más lejos:
vieron a la rosa desprenderse del tallo;
pregúntales,
porque conocieron primero esta ley de la gravedad a la
levedad
y ahora son libres.

La cuota de nada

No se debería abandonar una casa:
se llena de fantasmas.
Los que estaban y no se dejaban ver.
Los que llegaron luego.
Los que se aprestan para vivir.

Los muros se cubren de un musgo espeso
que tú, que allí has vivido,
no deberías ver.
La mano traza figuras cada vez más débiles
en los vidrios.

Es como ver lágrimas.
Algo que acaba de caer,
pero penetra muy hondo, y allí se queda.
A esa suerte, algunos le llaman fruto,
otros, destino.

No deberías decir: yo no soy ése.
No deberías decirlo.
Volver, si puedes, cuando amenacen quitarte
la parte que llevas dentro.
La cuota de nada que te pertenece.

En el camino

Si no conociéramos el sol, amaríamos la luna;
si no halláramos a la luna,
buscaríamos su reflejo en el agua;
si no fuera el bosque,
igual empeño pondríamos en el árbol,
la misma intención en la rama,
todo el despertar en el fruto que madura.
Si no es el fuego, sería el hielo.

De chicos nos gustaba observar
la lucha de la avispa y la araña;
muchas veces las vimos revolcarse, caer;
revolotear a una sobre la víctima,
erguirse a la otra sobre las patas traseras;
volver a empezar como gladiadores
en lo que se jugaba la especie:
ya no recordamos cuál de las dos vencía.

Si no fuera el trueno, sería el ruego:
un círculo cada vez más ancho
en el techo de tiza; muros derrotados, vencidos.
Con diminuta estela un día los atraviesas:
al costado del sol, de espaldas a la luna,
buscando el flanco de los más débiles,
la sandalia del poderoso.
Lastimado, asustado: en el camino.

Ante una tumba con nombre

a mi madre

I

Esta piedra escrita con tu nombre,
lo dice todo muy claro: la vida concluye
sin profundidad y sin extensión.
Las tibias manos terminan aquí;

las mañanas e incluso el mar
aquí se adelgazan hasta convertirse
en una breve línea de polvo y sombra.

Ahora soy yo quien no tiene consuelo:
todavía apegado a la tierra,
observo las pequeñas flores amarillas
que se inclinan hacia donde aún queda sol.
Entiendo tu miedo: sujetabas mi libertad
para que no viera estas imágenes fijas,
para que yo no empezara a morir.

II

Recostada, la cabeza girada a un lado
como para un largo sueño;
sobre el vestido, los finos dedos
de la lluvia, para que ese sueño
sea el de una barca
quieta en un lago; mojada, empapada
su carne de irrealidad;
su ausencia, de voces.

Lejos, cada vez más lejos,
en días, meses, años:
separándose y disolviéndose
en un solo movimiento
que apaga señales y caminos,
flores de estación y manos llenas;
hundiéndose y elevándose,
hasta no ser más lumbre
ni puerto donde llegar.

Detrás de esa nube blanca

Detrás de esa nube blanca hay un caballo:
cada día, a la misma hora, por el mismo
extremo del cielo, lo veo llegar. A veces,
aun antes de que yo despierte: en sueños

lo veo, viene hacia mí, violento, encabritado.
Sin jinete, avanza; frontal, avanza: yo
soy el jinete que viene a buscar. No huyo,
no cierro los ojos, no le hablo
de la ironía del viento, ni del peligro
de querer llegar. Es mi caballo:
ha ocupado el latido de mi madre
y la autoridad de mi padre. Por las mañanas
viene, a llevarme viene, a teñir mi saco
de indivisible azul, a proponerme
una huida más larga que la primera nieve.
Cuando todo está quieto, dormido:
detrás de esa nube blanca hay un caballo.

Leopoldo Castilla nació en Salta en 1947. Ha publicado veinte libros de poesía, narrativa y ensayo. Ha obtenido varios premios nacionales e internacionales. Su poesía ha sido traducida al inglés, francés, portugués, italiano, sueco, ruso y chino. En 1976, perseguido por la dictadura militar de su país, se exilió en España. Actualmente reside en Buenos Aires

Sudeste

VI

A Gonzalo Rojas

De entre todos alabo a Ganesh
el dios de cabeza de elefante.

Tiene la sabiduría
del que conoció con el cuerpo.
Cerró su mutación
(siempre el más increíble
es el más verdadero.)

Los mediodías
se apoyan
en una mariposa

una telaraña puede
sujetar al viento
porque él,
enorme,
danzó sobre un pie.
Desde entonces
lo débil
sostiene el firmamento.

Como él
somos nosotros
esta aleación
de la gravedad y el pánico.

¿Quién puede soportar
sin desfigurarse
el peso de sus sueños?

Alguien se cría en el fondo de uno
—y no es uno—
comiendo tus pedazos.

Sólo quien reconoce su otro animal
resiste lo sagrado.

India

V

A José María Parreño

Desimantándose.

La anciana dormida bajo dos paraguas
como en el oído de la muerte;
la vaca transparente que se va,
celestial, a su niñez antigua;
el peluquero cuyas manos trinan;
la única víscera que cuelga de la carnicería

Títeres de agua

A Eduardo y Héctor Di Mauro

El títere en el agua juega con un búfalo
que se hunde
por el peso del alma del búfalo.

Un cocodrilo avanza.
El búfalo, que no sabe que es un animal,
sigue empantanando
la inocencia del agua.
El títere, con instinto de títere,
se alarma
sabe que el cocodrilo
tiene un ojo verdadero de madera pintada,
que la forma es hambre de otras formas
y hay dramas donde no pasa nada.

El cocodrilo salta y devora
y se sumerge
como un barco en pena
en el cerebro de un espectador.

El títere, a salvo entre las bambalinas,
no puede pronunciar palabra.
El día es falso y la muerte real.

Y mientras, la música, como un viento,
mueve el arrozal de utilería

el agua juega a que es el agua.

Nacimiento de la simetría

A Osvaldo Torasso

De esas dos mitades sólo una es real.
Hechizada por su aparición
y antes que la luz la disuelva
engendró la otra para verse.

Medio árbol es el que extiende sus ramas para tocarse,
medio hombre el que custodia su propia calavera
y sólo con un ala y un espejo
vuela la mariposa.

Una desesperada volandería de mitades llena de mañanas el mundo.

Siempre que la muerte, que es tuerta,
con su ojo demasiado solitario
no se atreva a mirar,
lo irreal sembrará la tierra.

El amanecido

A Maximiliano Witte

¿Qué estaré siendo yo de este lugar
que ha parido la presa de su cacería?
Entenado de mis muertos
llevo una flor a su caridad
para que vuelva en mí esta comarca,
pero es tarde,
el cielo envejeció
y el espacio ha crecido demasiado.

He gozado todos los sonidos,
me he dejado llorar
por ojos difuntos,
he besado a mi época en la lengua
y a esta altura
soy el cielo de mis fornicaciones
y la intemperie donde flameo, inhumano.

Entro a la tormenta de la casa vacía
y lluevo largamente,
con la copa en las raíces,
asfixiado por el aire,
y, enguantado por mi oscuridad,
pudro mi leña,
eyaculo el escenario,
pierdo los papeles, tacho la luz,
lastimo la función.

Los otros no saben que están dentro
de un día que no amaneció,
el que me he robado
mientras del suero de mi cerebro
se amamantaba la noche
cuando yo tiraba mis huesos al aire
y ni la muerte los reconocía.

Tengo dentro
un salto de pájaro espantado,
un niño helado en su futuro,
un camino que no deja de ir
y un árbol inmóvil
soltando frutos oscuros.

No hay contemplación: mi limosna es mi cuerpo.
Ya no me sirve el universo
ni le sirvo yo.

Hacia una luz inválida se va el día.
Y no me lleva.
Donde yo duermo, trinan como perras,
mendigas, las palomas.

Graciela Ester Zanini nació en Buenos Aires en 1948, donde actualmente reside. Ha publicado *Del rey desnudo* (1998), *Rasputín y otras obsesiones* (2003) y *Lo que hay* (2005). Coordina gabinetes de poesía. Es productora editorial independiente. *Grito de abordaje* y *Criaturas*, sus dos últimos libros, permanecen inéditos. Obtuvo el Primer Premio Nacional de Iniciación 1993/1994.

Rasputín

como si se pudiera estar a salvo
las muertas de mi casa invaden
paraísos y aromos
malogran sus perfumes balbucean
fragmentos de canciones

oculta en la osamenta de un animal
persisto blanqueada por el tiempo
como una gruta a la que no se vuelve

apetitos dichosos estremecen
con sabores de caza los días
y las noches que no te acercarán a mí

envilecido roto
qué mordedura falta
qué suplicio al signo de los tuyos

para reconciliarnos guardo
entre los brazos hijos de mis hijos
nada dice de mi historia
este día en que atruena lo improbable
en secreto los toneles de vino
funden olores perversos
vuelven pesado
el viento del principio

la voz que habito para siempre un filo
un borde toda ella invoca al aire
para que no te deshaga y ahondes la sospecha
de ser invención de las palabras

me inclino ahora
ante un sol que agobia los frágiles
brotes de la huerta
en los pájaros del campo te sostengo
día único de las mariposas

dulces predadores armados
con ramas y risas estridentes
descansan bajo el follaje un cansancio
mayor detrás de los postigos
declina vehemencias

difícil tarea amparar la resurrección de la carne

soy lastima dura
rostro de ónix de los míos tajo
en sus perfectas historias de familia
charco de sangre

croar de furiosas criaturas anuncia
he venido a desatar la urdimbre a volcar
mansa mi existencia
cubierta de hierbas venenosas
sobre una planicie que recuerda tus ojos sueño
que muero de hambre

todo está bien
nada se mueve ni altera el orden natural
esta certeza sostiene lo que soy lo que me entregaron
lo que aún queda
 padrecito
algo hay que dejar sobre la tierra.

Paseo

Apenas un murmullo entre los eucaliptos
y este andar penitente:
la tarde me desborda
Un crescendo lila pulsa en mi garganta
cierta cuerda de pena

y en silencio, recoge la piedad
de las haciendas, a lo lejos.

Me desaloja el cuerpo –chistidos
y rumores levísimos–
 el vuelo
de pequeñas criaturas en fuga.

Qué reconozco aquí sobre esta tierra ciega,
qué ofrenda desvalida deposito
ante el altar de un hambre que no cesa
y a solas me avergüenza.

Un raro telón vivo, revela
Su fantasmagoría sin objeto
y sin destinatario.

Bestia inconsolable, ya no derrames
tu absolución estéril,
sabes que siempre vuelvo,
fauces en duelo a devorar tus hijos.

Huye de mí,
escapa de este abrazo de púas
lujosas de intemperie.

Fibonacci

Porque la poesía es inicial como es inicial un número.
René Menard.

Algo se comerá lo que mi corazón produzca.
Con la precisión de una secuencia matemática
o un sistema excretor bien ajustado,
 caerá,
tal vez se rompa, alguna certeza adquirida
por un oblicuo, o tenaz, o desganado intento.
Pero las flores continuarán con su milagro
 y los duraznos
hechos para la mordedura más feliz,

darán su pulpa ausentes del placer donado.
Yo, sin embargo, seré tan ignorante
como a las puertas de mi nacimiento.
Sólo algunas nociones acerca de la pena,
que siempre cambia intensidad y ardores
aunque atraviere carne conocida.
Cierto desguace de ala, quebrada por amor
o por soberbia y unas, muy pocas genuinas alegrías.

Tan ignorante como el niño que cree en lo que escucha
o confía en sonrisas que caen de rostros familiares.
Y asustada además, de haber podido sobrevivir.
Vivir para contarlo,
aunque los tiempos se aceleren y toda compasión
toda dulzura, todo resto de sol
que albergue en mí, sean tragados por la noche.

Será un largo descenso hacia los números.
Al cero visceral que me iniciara en otra oscuridad.
En otro cuerpo.

Vicente Muleiro (Buenos Aires, 1951). Poeta, escritor y periodista. Ha publicado, en poesía, *Para alguien en el mundo estamos lejos* (1978), *Boleros* (1982), *Pimienta Negra* (1990), *El árbol de los huérfanos* (2000), *Milongas de modo tal* (2003) y la antología *El maratonista* (Costa Rica 2006). También ha escrito las novelas *Quedarse sin la dama* (1994), *Sangre de cualquier grupo* (1996) y *Cuando vayas a decir que soy un tonto* (2004). Compiló y prologó la obra poética del salvadoreño Roque Dalton y del español Antonio Gamoneda. Premio Rey de España de Periodismo 1998.

Para alguien en el mundo estamos lejos

Para alguien en el mundo estamos lejos
le apena que nuestras manos no sean trasatlánticas
que el corazón no atraviere territorios en submarino
y las palabras no crucen por el trópico en jet
justo cuando algo se le desarma adentro
para alguien en el mundo estamos lejos
y para los demás
en otra cosa.

La noche es otra

Para vivir yo busqué un sitio oscuro

La noche es otra
no esa que apuñala.

Esa que nos llevó a vivir a oscuras
a tomar sombra en las esquinas pobres
mientras iban pasando los amores
los grandes que al final se despidieron
dejando tras de sí sabor a nada
y los otros, pequeños, que dolieron
sin ser eternidad adolescencia.

Pero la noche es otra, dije
y con estrellas a desentrañar
con lunas llovedoras sobre los pinos
y las caballerías, con su sitio puntual de encuentros puros
y pedazos de mar y una guitarra.

Ahora, equidistante
de un punto a otro de la noche, neutro
suele dolerme esta sabiduría.

Trenes

Trenes que salen de ningún lugar
trenes que llegan a ninguna parte.

No atraviesan la bruma
ni levantan el polvo
si murmuran su paso por las noches.

Como la vida: trenes.

Sin embargo, en silencio
alguien le dice adiós a ciertos rostros
desdibujados en las ventanillas.

Mal de Parkinson

Todo arte es antiguo:
amar, matar, exorcizar la víctima.

Ensayo rostro angélico el poeta
pero un temblor denuncia
las desafinaciones de su vida civil.

Sed del poema

Si un poema tiene sed
se bebe el mar
si no le alcanza
el hueco de los puentes.
Si pide más: un cuerpo.
Un cuerpo lo sosiega hasta desesperarlo.

El árbol de los huérfanos

2

25 watts y una capa de polvo. Aleación melancólica
de clase media baja, fulgor sepia en la arruga de
la abuela asexual, en el fracaso terminal del
padre: “Conquista tu hijo mío, sale y conquista
tú”.

Caminando en la estera de los faros, a veces se da
vuelta y no consigue que en la casa arrasada apaguen
esa lámpara.

El maratonista

Correr corer y levantar los brazos
mientras brama el estadio ¿O en el último tramo
abandonar la pista
para reflexionar bajo los sauces
su estética inclinada?

(cuando cruzás la meta ya es de noche
se han retirado el público y los medios).

Se te venía venir a esta derrota:
el que corre desnudo
le teme a la llegada.

Intento consumado

Otro gesto al entrar sin demasiada fe ni tono
trágico. Un brillo inesperado en el plumaje
opaco del gorrión, un
punto más, un decibel más
sobre el rumor parejo de los espectadores.

Negra marea de la repetición sube con olas ciegas
pero él tanea ese hueco entre dos rejas
allí pasa su mano, paso cambiado
en la misma avenida Rivadavia.

Tic-tac: las 19.02, ayer
hubo de todo pero ya no se acuerda. Las
19.02.27; el alma pasa por un claro mínimo.

Hernán

Le hemos dicho que no y ha jurado matarnos
con su espada invencible.
Confinado a su cuarto balbuce enfurecido las terribles
verdades de los viejos poetas:
Todo deseo es impostergable –clama en su media voz.
dice que no soporta el rigor de una especie
que lo aplasta al planeta.
Se ha agotado llorando y hay
silencio en la casa,
No hagan ruido señores.

Nuestro asesino duerme.

Ondulaciones

49

El disparo impasible
fue urdido en el despacho.

Ahora contemplamos la recta trayectoria del misil
su luz en el radar, la estrella
de su impacto en la pantalla.

Había calles, estadios
edificios y templos
baños, pasillos, camas.
Sucede lo de siempre:
la poesía trágica se escribe
a ras del piso.

Jorge Boccanera nació en Bahía Blanca en 1952. En poesía ha publicado, entre otros, *Los espantapájaros suicidas* (1974), *Noticias de una mujer cualquiera* (1976), *Contraseña* (1976), *Poemas del tamaño de una naranja* (1979), *Música de fagot y piernas de Victoria* (1979), *Los ojos del pájaro quemado* (1980), *Polvo para morder* (1986), *Marimba* (antología, 1986), *Sordomuda* (1991) y *Bestias en un hotel de paso* (2001). En 1976 obtuvo el Premio Casa de las Américas.

Ensayo breve sobre la honestidad poética

no es que los poetas mientan
es que los mentirosos
quieren hacer poesía

Límites

mi pueblo
limita al norte con bolivia y paraguay
al este con brasil el océano atlántico y uruguay
al oeste con chile
y luísa
se pudre en una celda de dos metros por uno

Exilio

Expulsados de la selva del sur de Sumatra
por los hombres que vienen a poblarla, 130
elefantes emprendieron hoy una larga marcha
de 35 días hacia la nueva ciudad que les fue
asignada.

(AFP. 18/11/82)

No hay sitio para los elefantes.
Ayer los expulsaron de la selva en Sumatra,
mañana alguien les impedirá la entrada al Unión Bar.
Yo integro esa manada hacia Lebong Hitam,
yo sigo a la hembra guía,
cargo con la joroba de todas mis valijas sobre las
cuatro patas del infierno.

Llegarán a destino –dijo un diario en Yakarta.
Los colmillos embisten telarañas de niebla.
Llegarán a destino,
viejas empalizadas que sucumben bajo mareas de carne.
Llegarán –dijo el diario.

Más la estampida cruza por suelos pantanosos
y mi patria –la mía– es sólo esta manada de elefantes
que ha extraviado su rumbo.

¡Guarde celosamente la selva impenetrable este ulular
de bestias!

Tambores y petardos, acompañan.
Algo de todo el polvo que levantan, es mío.

Oración para un extranjero

VI

Lluvia,
somos dos extranjeros,
mi nombre como el tuyo es una travesía,
un deambular por puertas cerradas para siempre.

La gente entra en mi sueño como por otra casa
y tus breves colores se deshacen contra el olvido,
pero ya lo sabemos,
no hay nada que tratar con su navaja,
nada que preguntar en sus regiones.

Lluvia,
somos dos extranjeros,
nos separa una herida.

El peluquero

Asentaba navajas en un listón de cuero,
porque era su trabajo arrancarle a los rostros sus
animales muertos.

Hacía barba y bigote para el espejo atestado de
gente.

Su navaja pulía aquella superficie,
rasuraba los rostros del espejo y haciendo su
trabajo
afeitaba al espejo?

Era más chico que un tarro de gomina Brancato
mi abuelo,

por una cabeza más alto que la muerte.

Invitaba al cliente sacudiendo una toalla
y el cliente ocupaba aquél sillón Dossetti de
madera

y entraba en el espejo.

El estilista hablaba solamente con su tijera

y cuando ella por fin tenía la lengua despegada hacia un lado
él decía: “servido”.

Mi abuelo maquillaba al espejo con estrellas de
talco y usaba un pulcro saco blanco.

La muerte –que también es prolija– le envidiaba
su colección de peines.

Un día la muerte, que hojeaba una revista
deportiva, dijo: “me toca a mí”.

Y ocupó aquél sillón, despatarrada y con un
remolino en la cabeza.

“Tiene un pelo difícil”, dijo sin voz mi abuelo.

Después, la muerte asentó su navaja y haciendo
su trabajo, rasuraba al espejo?

El peluquero se marchó bajo un cielo cualquiera
con estrellas de talco.

El espejo se pasó la mano por la cara afeitada,
suave, como un recién nacido.

Manual de los buenos modales

Mis vecinos son sanos,

tienen el paso elástico y recortan el césped los domingos.

Pero yo no conozco a mis vecinos.

Tengo mi casa aquí,

pinte verde la verja, la pared blanca, pero no los conozco.

Los supongo educados,

eso se ve en el moño que corona sus bolsas de basura.

Mis vecinos son sanos,

tienen un perro largo que arrastra las orejas

y un jardín de candados.

Tengo mi casa aquí, puse una piedra, planté una
veranera,

pero no los conozco.

Cada mañana escucho el golpe del periódico contra sus
puertas de metal.

Estoy viendo mi casa: si le prendiera fuego, un curioso
quizá se acercaría.

Pienso en mi casa, tal vez si la quemara
este barrio sería más amable.

Carlos Busignani nació en Buenos Aires en 1953. Ha publicado seis libros de poesía: *Cantos de ceniza* (1985), *Las cosas no resisten* (1990), *Pulso clandestino* (1994), *En el cristal del llano* (1999), *Cada puerta numerada* (2003) y *Poesía reunida 1984-2004* (2004).

Paisaje

Llega el hombre. Un suave chasquido y la luz de la tenue cerilla se agiganta. (Ya encienden las lámparas de petróleo). En las lindes del río, la perfecta forma del paisaje se ha degradado en leves variaciones gris-violeta. El ocaso desciende enrojecido mientras una pareja rezagada se refleja en el agua casi quieta. El hombre enciende la última lámpara y arrastra una chalupa hacia la costa. Este es el momento en que se reúnen todas las cosas, olor a café y hojas de antiguos almanaques se detienen en las casas. Arde el corazón, vibra extenuado como una vieja cuerda pero el ocaso fluye indiferente, sin otro significado, ajeno a sí en esa quietud abstracta de la mente. Todo es tiempo dormido en los confines donde el día, con estricto abandono olvida las formas vitales que amó. Entre restos ahítos del paisaje, en sigilo, el río difunde últimos vestigios de la lenta tarde y del sol. Un refugio de silencios y sombras recorre con sus sílabas secretas la armonía que pronto se disuelve. Y ya nada queda sino el rítmico escandir del barquero sobre el río. Arriba los astros reanudan su afán de constelaciones, de latitudes ignotas, de míticas travesías.

A una sombra

La hoguera del desierto centellea. Detenida en su vigilia, la luna aún perdura en las espumas del alba. Por esa austera planicie lo veo. Es moreno, su albornoz claro ondea. Llevó la guerra de Oriente al Poniente. Como un manchón bermejo en su memoria están los alfanjes y está la muerte. ¿Codició acaso otro destino? La paz de un remanso de estanques y arboledas; jardín de pájaros, viento con ramas donde esbeltos surtidores se arquean. En el lente abstracto de su mirada ve que la tarde cae y ve sus hijos y los hijos de sus hijos. Más allá las torres, patios, templos y palacios que irguió su pueblo en tierras extranjeras. Pero él ya nada sabe y nada piensa, vuelto irreal, detenido en la bronceína cabalgadura que veloz lo aleja –liberado del tiempo y de la historia– bajo un cielo azul de arcaica piedra.

Una pintura de Turner

Atrapadas en la hondura verde mariposas de espuma giran sus móviles vapores, cielo y agua se combaten sobre el buque al que una sensación apagada posee. Amarrado, solícito a la desolación líquida el ojo ha fijado el movimiento para siempre. Allí está el mar abierto en *Harbour's Mouth* durante una tormenta de nieve. No hay praderas con sus nubes doradas, ni absortas riberas, donde el ocaso como una música de cítaras piensa otoñales escenas, ni el sueño del tiempo en las ruinas de castillos vueltos en la levedad del color

a señoriles formas de leyenda.
Sucedáneo de los hombres,
las sombras que acentúan su desamparo
en la tonalidad abisal que acecha,
el navío es el centro más profundo
en la distancia extrema.
Y en el espasmo universal, esa fluidez,
esa atmósfera, escándalo de la época,
estallando en hueso y polvo
la transgresión codiciosa de la mente. Sí,
el paisaje desde entonces
puede descendernos en su furia hasta la muerte.

Camino secreto

Arrasado por el combate brillante del verano
me hago eco del mensaje
de las tímidas semanas que sucumben
persiguiendo una desplomada belleza.
Hélice desmedida en un mundo sin reemplazo,
como en un sofisticado sueño
la mariposa del otoño ensaya su melancolía
helando los ataúdes de su huésped.
Oráculos, laberintos, reyes
caminando escaleras abajo
hacia el desenlace que borda rostros vírgenes
teñidos de alucinaciones de muerte.
Y allí, en cada secreto camino, la sangre
detiene el almanaque de su propio viaje.
Entonces, quién dudará de todo aquello,
la metáfora pastoral
mirando sobre los hombros de Atlas
la congoja de la tierra que regresa.

El Dr. K. piensa sus personajes

a Joaquín Giannuzzi

A través de la mirada perdida en laberintos
pasan generaciones, recintos saturados,
fondas, papeles que hospedan
el bosquejo de sueños en ruina
como profecías de dioses enfermos.
Las cosas conspicuas de la vida
adivinan un regazo perdido
entre fecundación y alumbramiento.
¿Cuándo despertó el desgarró de su mente?
¿Qué chispazo del siglo desató la voz
que fondeados en la pérdida reconocemos?

*

Allí, nutrido en los afanes de su exilio,
legajos y carpetas de pólizas
acuden como frutos de piedra.
Su dócil pluma trepa un pabellón de pesadilla.
Y como un trompo al borde del espacio,
insistiendo en la penumbra que horada de falsía
los objetos que conocemos,
sus criaturas parecían buscar
ese temblor remoto de la vida
arrancado en una lucha desleal.
Porque indemne a la última voluntad y al fuego
este *fragmentario código de marionetas*
apriisionó en el candor de su fragilidad
algo demasiado humano.
Como si el demiurgo
fuera deleitándose en su muda imagen,
y el dolor sostuviera con su lira
el contrapeso de un pecado abrumador.

Vieja casona de pueblo en las flores

Una cansada red de sucesos
cubre con un temblor la calle:
leyes, cifras, conciliaciones,
la crisis de la fábrica
que puso afuera el equipaje del pueblo.
Más allá, desde los tilos, el día
mira una frontera imaginaria
con el vaivén quieto de un sueño.
Entrando al fondo,
los gastados ladrillos
oyen crujir con sigilo la esterilla.
La penumbra ha de durar todavía
como una confesión de extrañeza del mundo.
La tertulia cortejando las palabras
con esa dulce intimidad
que agitó la sangre de gente muerta.
En verdad, poco sé de ellos.
La pampa abundante les bastó
como una fue visionaria.
Los platos, la carne y las uvas,
mientras el tiempo asentaba su existencia ociosa
en la luz de las velas
y el aire del alba sentía de lejos
la tristeza vaciándose en la fonda.
Lo que ahora amanece
dio la espalda a lo aceptado en el sueño.
El almidón de los visillos
bordado, pétalo a pétalo,
no puede mirar la integridad de la luz,
desgarrada como una maleza
que va cubriendo
lo que sintieron ellos.

Juan Carlos Moisés nació en Sarmiento, Chubut, en 1954. Ha publicado *Poemas encontrados en un huevo* (1977), *Ese otro buen poema* (1983), *Querido mundo* (1988), *Animal teórico* (2004), *Palabras en juego* (2006) y *Museo de varias artes* (2006 - Primer premio Fondo Nacional de las Artes). Vive en su pueblo natal.

Cartas

1.- *Carta de Groucho Marx*

Es sumamente grato saber
que una persona como usted
se ríe con nuestras películas,
ese alivio momentáneo para el espectador
que me hace sentir
un enfermero de celuloide.

Doy una pitada larga y respiro
la breve vanidad que me permiten
sus elogios;
y aunque no lo parezca
estamos juntos en esto,
porque mientras usted sostiene
que la existencia es un film
que siempre termina mal,
yo lucho grotescamente contra la nada
tratando de superar
algunas dudas malditas
que no me dan respiro.
Es que a fuerza de vivir sin resignar
la pizca de placer que significa
permanecer dentro de este esqueleto personal,
hay días en que no puedo superar el horror
de pensar que sólo soy una hormiga
frágil y ridícula
que entretiene a la multitud.

(Lástima que un film no dura una vida,
sólo unos pocos y rápidos gags)

Agradecidamente suyo,
Groucho Marx.

2.- *Carta a Groucho Marx*

Verá, hago esfuerzos
para que el bigote me crezca
lo suficiente
y los ojos reboten saltarines
en las órbitas,
intento pensar en mujeres bonitas
y caminar ágil y flexionado
sin que el habano
se me caiga de la boca,
pero es inútil, no me sale,
y es obvio
porque el ilusionista es usted
para quien lamentablemente un film
no dura toda la vida.

Respecto de su comentario final
permítame decirle, a manera de consuelo
pero sin ninguna clase de suspicacia,
que entre un hombre y una hormiga
me quedo con la hormiga,
especialmente si yo soy el hombre.

¿Un libro merece mejor suerte?

Atentamente, su admirador
Franz Kafka.

3.- *Carta a Franz Kafka*

Amigo mío
(prefiero llamarlo así
para no inquietar su modestia,
pero no crea que mi ingratitud
se olvida de agradecer lo que, no sé,
involuntario o compasivo hizo por mí)
es hora de escribirle, y también

por qué no, a través de su persona,
llegar a los que tienen un ojo
atento baboseando el papel,
los queridos lectores,
o como quieran llamarse
o ser llamados
(pero no por mí);
un nombre, después de todo,
no es poca cosa, ni siquiera lo es
una letra, una sola,
y menos que eso es esto que soy,
uno más entre los muchos seres vivos sin mañana:

a todos quiero decirles
que se está bien en este cuerpo,
casi tanto mejor que en el otro.

Para qué voy a mentir en esta condición,
ni a usted ni a mí ayudaría.
Piense lo que quiera;
ser el que ahora soy
tiene sus ventajas.

La verdad es que ya no me dan ganas
de volver a ser el que fui.

Gregorio Samsa ya no es más mi nombre.

4.- *Carta a Gregorio Samsa*

Gregorio, haber cruzado
algunas cartas con Franz
me obliga moralmente a escribirle
aunque no me conozca.
Pero quede claro que él no me ha pedido
ni me pediría nunca
que haga las veces de intermediario.
Sé que lo aventajo en haber tenido la suerte
de asistir con desgarradora emoción y asombro
a su célebre metamorfosis.
Usted me dirá que sólo el lector puede gozar

con semejante acrobacia literaria
y nunca el propio personaje.
Franz hizo lo que debía hacer
tratándose de un hombre con su talento.
No haberlo hecho habría sido imperdonable.

Sabemos que no es difícil mimetizarse
con el personaje, más bien es lo corriente,
en particular cuando el personaje roza
la perfección, y pensando
en usted antes que en Franz
se me ocurre mencionar aquel famoso
“Madame Bovary soy yo”
que ahora repito a discreción.

La verdad es que no estoy acostumbrado
a estar de este lado, mi estado natural
es estar en un lugar como el suyo,
observado por muchos ojos
en la oscuridad de una sala,
y créame que entiendo su situación.

Ahora usted es otro y eso no se discute,
pero sigue estando en este mundo
y tiene derecho a él tanto como el que más.
¿Por qué dejar el lugar disponible a los otros?
Si le sirve de consuelo, yo no lo haría en su caso.
No sabe cuánto me gustaría que viera
alguna de nuestras comedias,
que son más caóticas y disparatadas
de lo que quisiéramos.
Muy a pesar del guión
improvisar y dejarnos llevar
por la intuición es lo que hacemos.
Apuesto a que se le escaparía una risa
en medio de la sala o miraría encantado
a las lindas actrices que comparten el reparto.
Me daría por cumplido si así fuera.

Tal vez piense que un tipo como yo
no tiene nada que ver con alguien
tan prudente como usted,
pero no es así; toda cara tiene su contracara,
sólo que yo la disimulo en mis muecas enamoradizas
y en las contorsiones graciosas de mi cuerpo.
Que reímos en medio de la nada, por nada,
y que eso vendría a ser todo, no escapa a mi certeza,
pero disimulo como si no lo supiera.
En ambos casos mi secreto es tratar de parecer
lo menos patético posible.

Si gusta, lo invito a compartir
una charla informal; tomaríamos algo
y caminaríamos a la sombra
de la arboleda que hay cerca de casa.
Cuando puedo hago ese recorrido
hasta el lago en el parque; me hace bien.
Ayer fui caminando con medio cuerpo al sol
-igual que cuando era chico y jugaba
sin importar que me estuvieran viendo-
y como nunca antes tuve la fuerte
sensación de que ninguno
de los dos lugares era único y definitivo.

Gregorio, burlemos la realidad
de la literatura y hagamos de cuenta
que no llegamos a las últimas páginas,
su voluntad aún no murió, y al menos
por el momento no hay quien lo llore
ni quien se ponga feliz por su triste final.
Debe creerme que pienso mucho en usted.

Con respeto y solidaridad,
Groucho Marx.

Susana Ada Villalba nació en Buenos Aires en 1957. Libros publicados: *Oficiante de sombras* (1982), *Clínica de muñecas* (1986), *Susy, secretos del corazón* (1989), *Matar un animal* (1995 en Venezuela, 1997 en Argentina), *Caminatas* (2000), *Plegarias* (New York, 2002, Buenos Aires, 2004). Creó y dirigió la Casa de la Poesía Porteña y la Casa Nacional de la Poesía y los Festivales Internacionales de Poesía del Gobierno de la Ciudad y del Gobierno de la Nación.

Taxi boy

Preferís la clásica
Red Ryder, es necesario
que no queden restos,
que el disparo suene
a la palabra Winchester,
con eco en una piedra.
O a Chinatown, el opio
de soltar el arma
como si el muerto fuese quien gatilla
contra su último objetivo.
No es la muerte necesaria
sino el disparo,
ahora lo sabés.
Y no es el caso
un francotirador
sino el que sale a disparar
o entra en un bar
quitando la espoleta a una granada.
Lo que concluye con puntos suspensivos,
ahora sospechás, tuvo otra trama,
ese silencio
presagia una verdad como zarpazo,
la historia que creíste
se defiende
como un animal contra una sombra.
El taxi-boy asesino,
quien creía desear es finalmente
presa
de quien tampoco sabe
a quién quería matar
hasta que lo reclaman.

Lo que elegís es un arma,
al menos la Ryder tiene algo
de vaquero,
diseño personal con arabescos
en la culata de madera.
Quisieras una mira
para matar lo que no existe
o no sabés qué es
que te mantiene todavía a la espera
de un roce entre las hojas
de tu libro
abandonado.
Perdiste el hilo,
estás mirando por la ventana,
llueve ahora
como debiera llover en una selva,
desde un piso no ves sino que cae
la lluvia y en esa condición
irreparable de caer
existe.
Caer en amor,
quién habrá traducido esa novela,
aquí es como enredarse
o empaparse.
Qué haría un animal
cercado por el agua.
O por el fuego.
Quizá lo hará salir la lluvia,
debajo de una piedra se hace el muerto
como engaña la tortuga
a presa y cazadores por igual
y ya no sabe distinguir
la muerte verdadera.
Pero perdiste el hilo,
estabas leyendo ese catálogo
y habías elegido la Red, precisamente
para una muerte distinguida
desde lejos,
desde el momento de apoyarla
en tu hombro y ya ese acto
tiene la contundencia de palabras

como shot.
Chau
debiste despedirte,
después lo encontrarás en una fiesta,
como en el libro, decís
“Ciao, cómo va todo, caro”,
el personaje sufre
un ataque de risa, se cae,
somos tan torpes,
cómo va todo.
Todo no sabés,
disparar por ejemplo
un rifle te hizo caer
y el partido te dio una Beretta,
nunca se sabe y no la quisiste,
además no entendiste que era en serio.
Te gusta la Red porque es atemporal,
el modus operandi determina la víctima.
O el Red,
rifle, escopeta, no sabés
si es una diferencia de palabras,
como todo.
Red Hot, Roy Ryder,
suena a comedia justiciera,
Annie Oakley, como vos,
una chica que toma las riendas
de la nada
en medio de un desierto
de maqueta.
Perdiste el hilo otra vez.
Perdiste el momento del disparo
como el viejo cazador
que vive relatando cuando hubiese
el asta más hermosa;
no quería cazar sino contar la historia
puliendo las palabras cada vez
como quien saca brillo a un Winchester.
Perdiste el tiempo,
tenías que salir aunque lloviera
pero volvés a la novela,
al catálogo,

a mirar por la ventana.
No apuntás a matar
sino a encontrarte con sus ojos.
Una mirada que se fuga
te vuelve un animal desconocido.
Perdiste el hilo de tu historia
y creés disparar
es retomarla.
Pero no importa lo ocurrido
sino lo que relates.

Domingo de elecciones en la Shell Select Tango

Todo es una pared en que se ve descascarar la vida en una sola frase: Feliz cumple, aguante Brukman, Cuervo puto. Un solo plano todo, todo plano, carbón, tiza, aerosol. Si tocaras en el cielo moriría Charly, Damas gratis, Rocas sucias. A veces un destello de palabras misteriosas como rocas, como mica en las piedras, veredas de hojas amarillas, cascotes en la calle. De qué rocas en esta planicie de llaneza aplastante, el cielo un plomo sucio del hastío de la lluvia del domingo. Se borronea una palabra, gotea en los cartuchos dispersos en el suelo, los disparos recientes se escriben como huecos del ladrillo. Padre Rainbow, Viejas locas, Pibes chorros. Todo un plano, una toma. Una mancha como hombres alrededor de una fogata, como perros de una noche de mil años.

De día se levanta una ciudad y todos van como leyendo un llamado ultravioleta, hereditario, partitura, como moscas, como entrando en molinetes. Vallados hacia una ventanilla a apostar lo que total ya no tenían. Una vida de pizarra, de una tele para acá. Apenas hace nada, cinco siglos, tres reflejos, un alguien pintó esa caravana de ciegos al abismo, al eco del barranco. Detrás de esa pared en que se estrellan.

Por siempre Chaca, Sebi te amo, Los Tarijas Stones. Acaso falta sangre, más aún, que abone esa costumbre de rodar horizontal imaginando que es un plano inclinado, la vida vertical, la tierra un vértigo del cielo, se va a acabar, Señor. No escucho que truene tu voz, si es una voz, no veo quebrarse la pared, el mundo o alguno en parte alguna. Alguna vez quisiera ver algo distinto, final inesperado, palabras misteriosas, rebelión que no se muerda el polvo de la cola para ir a caer de a uno en fondo. Si fuera posible en este siglo. Si fuera posible en este mundo.

Ma terre, máter dolorosa. El que devora a sus hijos, cuerpos se arrojan como rocas. Señor, entiendo que no nos dejes elegir algunas cosas pero nunca ser más que humanidad, más que este barro que amasa como miga, como costilla que se quiebra de su alma, cerebro de pan que se resbala chapoteando las patitas hacia arriba, el lomo hundido, la mirada a la punta del látigo otra vez a ver si lo rescata para atrás. Por enésimo siglo, lugar, por enésima vida, vez, palabras mismas.

Se vota por la fiesta que se mira apiñado en la vereda, en el zaguán. Gramilla, ripio, guijarro de payana, ficha de sapo, silla, fila, centavo. Peor están los ciegos, los sordos que no escuchan ese vals, esa fanfarria de fajina cortesana. Palabras de cartel que prenden un reguero, un arma frase de repetición. Desfilan los fiscales de veredas, gerentes de kiosquitos, figuritas en clips, ideas con alfileres, cabecitas de tacho con palo y a la bolsa, con las cartas marcadas.

El Ciclón, Almas Mugrientas, Santa Revuelta, El Bananazo, la Brukman a sus trabajadores. Apenas hace nada la gente la cuidaba, ahora apoya el desalojo. Apenas hace igual el hombre como ahora asumía Carlos V, imperio sacro, bizantino o británico, romano, mayestático. El imperio sintáctico que ahora titila mientras llueve en algún lado, en este lado, en esta esquina, frente a un muro. Hijos del hijo, Patria Chuker, Trujamán.

Nuestra máter lacrimosa, apenas los gases se disipan. En esta esquina Campeón, le vamo a hacer el culo a las galli. Gallito de baldío. Pollitos mojados bajo el frío. Se vota entre la barra de la jaula o el deguello, en un desfiladero como a cuerda. La marcha hipnotizada de la vida, la primera salvación es la del cuerpo, Señor, recuérdanos el alma cada tanto. En tiempos más soleados, más amables. En este año si es posible. Si es posible en esta vida.

Susana Cella nació en Buenos Aires. Ha publicado los poemarios *Tirante* (2001), *Río de la Plata* (2002), *Eclipse* (2005) y *De amor (dientes, paredes arrugadas)* (2006), la novela *El inglés* (1999), el ensayo *El saber poético* (2003), reseñas, antologías y artículos varios en Argentina y el exterior. Es traductora y profesora en Universidad de Buenos Aires.

Niebla sobre la luna esmaltada

Cómo un cuerpo yerto diera
alguna precaria sombra de alivio
por lejanamente oportuno retornar
cada uno de los días en que cerca sigue
con la indiferencia de no estar
para sí en el ángulo carnal
donde escondía su esplendor de vida
deseosa del mismo lado de la orilla
donde corre marrón oscuro el río,
se deshacen los arbustos
y las ramas pesan cuanto pueden
sobre el agua alumbrada ahora ciegamente
por la chata luna vagarosa
que deshace su propia lucidez
por dolorida de lo que escapa
a los poceados brillos y la fija
en el cielo sin sentido de la ausencia,
y la nubla sajando el aire frío,
si más todavía, la palpitante herida
por la que anhelamos esa sombra,
la señal oscura de sentido,
el agua vibrante de los mediodías,
el encuentro casual, otra vez más y siempre,
entre la completa oscuridad y las estrellas.

Dies Irae

Barro del fondo subido
lleva hasta unos bordes blancos
—espuma de perro rabioso—
en los torrentes a plomo

chorros impulsa el furor de la tierra
para que, en fecha fijada,
desde el agua vista la costanera
por solo demostración, advertencia o
como llamarla se quiera,
las olas altas golpeen
el cemento terroso
cotejen sus bordes blancos de puntilla
con las sacudidas ramas verdes
y diseminen el blanqueado vapor
de la rabia consecuente a juntarse
diez o veinte cuadras adentro de la costa
donde la verja cerrada, el alambre roto,
las filas de soldados azules
las tiernas cabecitas sofocadas
las siluetas de lágrima y espuma
con el aire venenoso disparado
a la lluvia, el viento, el río
la verdad, la justa ira.

Dulces cabelleras desordenadas

Ciegos o semiciegos los ojos,
desdoblados los cartílagos, abiertos los vasos,
ondeando sobre sueños las cabezas abombadas
una urna funeraria fue alguna vez un tacho
y otras nada
Cuál fue el toque, cómo el abismo
que se dibujaba
al mismísimo tiempo de la caída,
cuál fue el color del río
entonces
ni caballos o leones,
ni algas arcillas
cascotes
el tamaño no fue de esperanza,
de río y río fue
de los sargentos más arriba
sembrando por allí,
bajo la cruz del sur

en el maldito río,
nudosas venas
carne punzada
codos y manos y brazos y espaldas
dentellados pechos
dulces cabelleras desordenadas.

Como a una plaza cuyo árbol no era

Como a una plaza cuyo árbol no era
el palo borracho en flor amarilla
a la plaza que no era
*donde la rata más chica
te come la cabeza,*
fuimos
por el camino ladeado hasta
el galpón de madera corroído
con plantas carnívoras sobrevivientes
ratas viajeras o invisibles en fierros oxidados,
fuimos mirando a ver qué había

a una tumba escondida íbamos
al ahogo del final, la foto de carnet
y los mil quintales de ladrillos rojos
quitados a mazazos certeros
una mañana para hacer, dura y gris,
de cemento puro y palo borracho solitario,
gris, y de flores amarillas
la flamante calidad del páramo
en el mismo tuétano de las adolescencias
recientemente brotadas al sol
humoso del gran campo verde
por el que marchamos otro día, madrugada,
a ver
el negro invierno de nuestro descontento
fuga, maligno engaño, quimera y muerte hueca.
O sea, rata que te come la cabeza,
pichoncito en la mazmorra
sombra por laberinto y rejas
dulce amor descuidado, omiso

lejos de mis sombras aterradas
con las orejas sordas a la voz
y mi nombre o mi letra conocida,
endulzándote, por una poca vez, la boca
muda bajo qué peso de cemento,
calviva, fierros retorcidos, borracho,
palo, aullando a tu corazón que de una vez
te dejara tranquilo.

Asno con escarabajos

Todo el tiempo, cada día en que se

paraba firme detrás del vidrio espejado
soñaba con la visita del ciego austral
que para esos días finales estaba
bajo su losa y éste no sabía por no querer
medir el tiempo más que a conteos
de su propia vida
o, en todo caso, en las cantidades
de trechos
sobre segundo recorridos
desde el lado del espejo
por los bichos

Le hacía su coreografía verdadera la hipótesis
de que conocía los ojos de cristal luciente
mirando los ascensos de las cucarachas

Sergio De Matteo nació en Santa Rosa (La Pampa) en 1969. Ha publicado las plaquetas *Soles violentos* (1995), *Absurdo / Absoluto* (1996), y los libros *Ozono* (1997), *Criatura de mediación* (2005), *El prójimo: pieza maestra de mi universo* (2006). Es editor de la revista: *Che, Artes y Culturas en Abya Yala*, rebautizada en el 2001 como *Museo Salvaje* (www.museosalvaje.com.ar). Dirige una editorial con el mismo nombre.

Fragmento de poesía araucana

I

repiquetean los cascos repiquetean y no es una pesadilla
persiguen a los espectros no encuentran a los espectros
y no habrá paz ni conciliación posible hasta que se acallen los huesos
cuando se sepulte al último jinete de la estirpe

huella y ritmo de trombas en los médanos
charcos de agua turbia fragmentos de historias sin contar
chillan chillan una canción con chaquiras
de piedras que se golpean contra los cueros y dejan sólo polvo
gastado polvo de las piedras *rotas*

cruza la voz destrozada entre el viento
sin espuelas cabalgando a pelo sin cencerro que la detenga
cruza entre los colgajos sombríos y espinosos del monte
un fantasma omnívoro que se le acrecienta la sed
arrastra a su paso los brotes las leves respiraciones
descubre en la huida su espalda cortada por los alambres de la
conquista

huella otra vez la rastrillada y el golpeteo del kultrún con su dinastía
de piedras y zorros
a ritmo de trombas a percusión incesante
grito sin espanto grito pelado y sin fronteras en la noche del desierto
en el centro de las nuevas fundaciones urbanas en el medio de las
reyertas históricas
boleadas sin perdón de ningún *dios*

es de humo es de humo la congoja que pende de la rama del tiempo
una espada izada desde la cima de los cielos

plena de luz plena de sombras fatal preciosa
que se va anudando como una serpiente en cada una de las vértebras
de las criaturas condenadas

has nacido para morir has nacido para morir
quedarte en algún punto del camino con tu quilla partida
náufrago del cuerpo de la voz de la palabra
de la espiral que te lleva y te trae entre-colores mezclados
confundidos a fuerza de pinceladas densas que sólo puede trazar la mano
de Van Gogh
del propio infierno la patria de las miradas enfermas

II

estelas al alba estelas de colores entre las pinturas rupestres
y los pájaros anclados desde temprano en el cielo
señalando la alta mañana el postrer alimento

distancias mucho más que distancias extensiones

y acá la hora es otra el instante comete su degüello

mientras tejen las mujeres las canastas

las canastas son tejidas por las mujeres
con hilos ásperos secos hediondos

las flechas de piedras son afiladas por los hombres los arcos tensados
para otra batalla fuera del territorio lejos de la vista del ojo

el fuego se menea en el pozo derrotando generosos maderos

III

causa tristeza profetizar

dos veces oscurecerá el sol esta mañana esta jornada
y después nacerá y se impondrá el maltrato
indefensos gastados por el tiempo los viajes las correrías

permanecerán como árboles arraigados en el suelo
y como pájaros llevados por el viento
así serán uno con la tierra con la tierra serán uno
presas de la tierra y del aire
ahí donde duele tiembla el corazón

IV

se unen las estaciones en la junción de una horqueta
se imbrican sufrimientos y la sangre es una savia de sangres salvajes
y remotas
machacadas a la intemperie con machetes rústicos
bárbaros

entonces

chúmbale los perros
chúmbale los perros ahora que ladran
chúmbaselos a esa ánima maldita que se quiere asentar
en la casa vieja entre todas las memorias reunidas
con todo el peso de los muertos desdeñados

*no hay mucha distancia entre la vida y la muerte
el camino el puente que hay entre el mundo de abajo
y el cielo azul
es más corto que el camino de aquí hasta abajo
así es entre la vida y la muerte*

cruje la voz crujen los instrumentos las herramientas
el horizonte es una vela de fuego que se apaga lentamente
sin sustento bajo la culpa de los conversos
y la algarabía de los creyentes

V

GOLPEAN y no es de frente, GOLPEAN a las espaldas, como la-
cras traidoras, subterráneas, GOLPEAN y no es por placer, por puro
placer, GOLPEAN y duele tanto como el hartazgo del silencio, del
vocablo inmóvil, de la tertulia de brujas iniciadas en la salamanca...

Suena a golpes de puños; serán puñetazos?

Suena a golpes de piedras; serán piedrazos?

Suena a golpes de látigos; serán latigazos?

Suena a vocinglería de lenguas; serán...?

VI

Estruendos, cohetes que estremecen el cielo tranquilo de la pampa, territorio moderno y sumiso; otrora patria de las criaturas que no poseían alma, amplia llanura, plena de caballadas, tan virgen de libertad, monte de los humos, de los oscuros caldenes...

Todo lo *real* es *verdadero*, porque todo lo *verdadero* es *real*. La civilización es dueña de la palabra y no se equivoca, no tiene punto de inflexión, sólo golpea y hunde su violencia en los cuerpos enemigos. Con el tiempo han construido los firmes pilares que sostiene la jerarquía de los amos.

El desierto aun permanece inhóspito; *el desierto por venir* que se levanta del pasado con su chispa de rencores. Flechas silenciosas surcan el territorio, fantasmas rabiosos sobre tropillas hambrientas invaden la noche, todo es lujuria y lucha en la América de la exuberancia y la opulencia. Cada uno de sus hijos lleva sangre en las manos.

La *machi* que golpea de forma constante contra el cuero del cacharro de barro y suena, resuena como si no hubiera ni existiera un posible fondo, en el trasfondo de la nada y del espacio y de los tantos laberintos hechos de palabras exaltadas...

Eco del agua... Eco del agua... Lento eco del agua...

Sólo el repiqueteo de los signos. La historia contada por los vencedores; porque toda conquista, hecha a cualquier precio, es más terrible que la sombra de Facundo...

a Raúl e Ignacio Artola

(de *La luz de las águilas*, 2006, inédito)

Emiliano Bustos (Buenos Aires, 1972). Poeta y dibujante. Libros: *Trizas al cielo* (1997), *Falada* (2001) y *56 poemas* (2005). Publicó en diferentes revistas de Buenos Aires y en los libros de ensayo *Por Tuñón* (2005) y *Tres décadas de poesía argentina, 1976-2006* (2006). Actualmente es becario del Centro Cultural de la Cooperación y productor y asesor literario de la Línea Joven del Fondo Cultura BA, dependiente del Ministerio de Cultura de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Un cangrejo rojo cerca de tu sien

Los cangrejos se unían a vos,
y es que nada interrumpía
el poderoso cine
de las decisiones de la naturaleza.
Son tus eslabones, tus uniones fértiles
las que eligen la película.
Además, los puestos de feria
regidos por las trabas,
enmudecían con tus ojos.
Vos pasabas
y un desierto envalentonado levaba los puestos,
tomando como un colibrí toma de su velocidad
una lentitud más enorme que la de la tortuga.

Un premio latino

En un teatro de Miami premian hoy
a los que crecieron donde crece lo latino.
En cada butaca un cerebro sin origen
espera con risas, con ademanes sacados
de la mazmorra del Oscar,
el premio que los deja quietos
en lo latino.
Una identificación, más civilizada
que otras demenciales; ahora
el arquetipo divisor o paralizador
ensaya su arte envuelto de glamour.
Los latinos olvidan el español.
Erik Estrada tuvo que volver por polvo
y vergüenza para promocionar un adelgazante

en televisión; el español es la vaca flaca
que los latinos sueñan hasta la muerte.
En esta extrema tierra de los Estados
Unidos, es premiada una negación,
es premiado un arquetipo
que nos puebla de inclusión
para deshacerse después en demencia
o ilusión
a la entrada de todo.

Todos los pequeños azulejos de una pileta

A Rosaura

Un matrimonio es la profundidad de tu mujer, y casi siempre, se me ocurre, las uniones son lo que la profundidad de su lado femenino quiere. Lábilis, los pezones debajo de la remera que yo lavé, con el olor que esta casa y que nosotros podemos darle: un matrimonio es todo el olor de la casa, la profundidad en la que se arma para andar como recién nacido, como anciano. Una mujer arma y desarma el talento de todo lo que pasa; a veces con la realidad, que avanzando desune; otras con el rojo de una carne que abierta es íntegra. Un matrimonio es la profundidad en la que, la promesa o el insulto, son horadados como huesos libres; pozos, huequitos. Un matrimonio sabe lo que hay que sanar para que la restauración siga. Insultos que recordados tienen la dimensión de un gallinero vacío; promesas rastreadas en el presente, abandonadas en el presente. Un matrimonio nunca llega a desarmar los tiempos que lo precedieron; quedan como tramos de luna y camino, y en algún momento del día separan los minutos: unos a tu mujer, otros al tiempo en el que pudiste ser cualquier cosa menos lo que sos hoy. Un matrimonio es la profundidad de tu mujer. Razón y sueño dentro del olor que lavaste. Un matrimonio es la profundidad de todos los pequeños azulejos de una pileta, es la sequía de los que afuera del agua siguen siendo un solo color: en la transparencia el tiempo de la unión.

7

Arqueólogo como yo. Biciclero de un aire, que si pedalea, es para tragar el oro del tiempo, que, lingote a lingote reza, ahogado semánticamente de las palabras idiotas, arteralmente presente en las que caen del alma. Alto espiritualmente, porque las ventanitas nacen después de, mareas podría decir, de hormigón y muros; desde allí los bracitos redondean el hermoso vínculo con el sol y con el vértigo. Arqueólogo como yo, y soy antiguo, deleznable para quienes, como yo, en la punta del muelle, rodean el equilibrio únicamente de tiempo presente. Arqueólogo como yo, me como (en sueños) las cintitas de los libros caros de mi padre, para señalar, ya despierto o quizás ido, la literatura que odio. Biciclero, cargo en las manos heladas aquellos caños que aún ruedan; seco de resplandor, quebradizo como barro seco, y se oye una música de todo eso. Una buena música. Hablaba al principio del aire, de respirar; y todo lo que entiendo de la respiración, es que la naturaleza que entra, además de reunir en los pulmones la equidad celestial, dispone en el aliento el vacío y la muerte. Pero se cruzan todos en la respiración, y tu hijo puede verte respirar. Eso hace funcionar el futuro. Y la vida funciona en esa mirada hasta que tu codo y el codo de tu peor muerto brillan como un solo espejo. Ese movimiento, filial, extravía la muerte y respira como un hijo. Arqueólogo como yo, eructando el remolino del día, y aislándome en la precaria bicicleta, con los pulmones cerca de la memoria; que es como decir que vive todo lo que fue en donde estoy.

49

En la poesía actual, salitre, garete y ojete se ofuscan en el mismo escritorio. Pero, para qué hablar de la poesía actual, por qué colgar de mis venas la chata invendible, el jopo de vómito. Mejor actuar en la hoja de ruta; mecánicos en el viento, pisapapeles de un corazón solitario. El tiempo es el único desfile militar antes del fin. Mejor actuar en la hoja de ruta, desfilan en su saga y no olvidar que la sombra de los buitres es la terapia más cara del mundo. Un día te preocupó el aferrado plomo de los maestros viciosos. Te molestaron ese día los talleres enroscados como víboras. Fuiste lacónico sin que nadie te lo pidiera. Nadie, por lo demás, pidió tu puta opinión. Ese mismo día te enervó también la función, aun dictatorial, de jugar y jugar en la nave del pop art nativo, entre soldaditos y arañas, entre lomos de burro

y bofes; evidentemente en tierra. Fuiste como el idiota cubierto de leopardo al lado del filósofo; para la historia nada, apenas ajustando un axioma. En la poesía actual, bonete, cachufla y moflete incendian la otra mejilla. Y está bien. Está muy bien. Aquel día te preocuparon tales incendiarios; pero de incendios se hace la estirpe, de llagas el recado y los cascos, ¡que brille el hipódromo! Los caballos y los elegidos jockeys dan vueltas al vacío. Y está bien. Qué sala de espera no perdió los dientes. Tapate la cabeza con la capucha del buzo, corré por afuera de este hípico tragamonedas, chivá como un hijo de puta, esquivá –si te place– a las pindongas mano largas, fantásticas pezoneras, sociales de hemistiquios; y seguí de largo, no sé qué más se puede decir. Seguí de largo porque es mejor. En la ruta los poemas cuelgan del paso del amor, y cada uno, en fin, besa como vive.

